

Phil Camino

Diez lunas blancas



ELBA

DIEZ LUNAS BLANCAS

PHIL CAMINO



Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© Philippine González-Camino, 2017

Imagen de la cubierta:
Pájaros en Nueva York
Fotografía de Patricia Romero

© Editorial Elba, S.L., 2017
Avenida Diagonal, 579
08014 Barcelona
Tel.: 93 415 89 54
editorial@elbaeditorial.com

Digitalización:
Vorpal. Servicios de Edición Digital

ISBN: 978-84-946967-8-7

Avec l'amour maternel, la vie vous fait à l'aube une promesse qu'elle ne tient jamais. On est obligé ensuite de manger froid jusqu'à la fin de ses jours.

Romain Gary, *La promesse de l'aube*

A mis hijos.

Y a su padre, mi amante y mi mejor amigo,
que me acompaña en esto y en todo.

AGRADECIMIENTOS

A Clara Pastor, porque lanzar al mundo este texto no era lo obvio. Y ella lo hizo.

A Isabel Pauta, ella sabe de sobra por qué.

A los que leyeron las distintas versiones de estas lunas y me pidieron más o me animaron a publicarlas.

Escribí la mayor parte de esta especie de diario, o confesión, o comoquiera que se deban catalogar estas líneas, el año que viví en Nueva York. Cuando comencé a redactarlo no imaginaba cuánto amaría esta ciudad. Sólo lo sospechaba y seguramente lo deseaba para justificar el esfuerzo de desplazar a una familia numerosa: visados, nuevos colegios, búsqueda de casa...

Ahora, y pasado el tiempo, ese que todo lo calibra, empiezo a comprender cuánto significó Nueva York para mí. Llegué a la ciudad con la intención de escribir, ¿qué?, no lo sabía. Pero una mañana, al poco de desembarcar, una desconocida me hizo una pregunta en la puerta del colegio: «¿Por qué tuviste tantos hijos?».

Le contesté algo banal: «Porque me gustan los niños, porque vengo de una familia numerosa». Sin embargo, la pregunta se quedó revoloteando en mi cabeza. Quizás porque intuía que aquella desconocida, que es hoy mi amiga, esperaba una respuesta menos obvia. O quizás no esperara nada y su curiosidad fuera en realidad un mero trámite de cortesía, como quien pregunta por el tiempo. Pero lo cierto es que cuando las preguntas nos llegan de forma inesperada, o desde el maravilloso punto cero de una amistad, sin interferencias y prejuicios, es cuando se prestan a una respuesta completamente mentirosa o completamente sincera.

Volví a casa caminando por la Segunda Avenida, rumiando esas preguntas aparentemente fáciles de contestar, y cuyo soniquete me impedía poner mis sentidos al servicio de la rutina de las calles y sus moradores, que a esas horas, en la fresca mañana de finales de verano, baten como cada día el asfalto con sus tormentos e ilusiones.

Llegué a casa y me puse a escribir. Esto.

Claro que no hace falta irse a Nueva York para contestar a una pregunta como la que me hizo aquella desconocida; ni a ninguna otra salvo que sea del tipo: «¿A qué huele el humo de la alcantarilla de la calle 58 con la Sexta Avenida a las tres de la mañana?»». Lo que hace falta para contestar a algo así es marchar al exilio, al silencio, a donde faltan/fallan las agarraderas de la costumbre. Y Nueva York fue para mí ese exilio emocional. Desde la

gigantesca ventana de nuestro piso alquilado bajo el puente de Queensboro, podía contemplar la vida de los otros como en una película, era como si todas esas figuras sólo vivieran para mí; puñados de biografías ambulantes que desfilaban bajo mi ventana para que yo pudiera escribir. Y aquella mañana, a mi mirada de depredadora en busca de una historia, se le sobrepuso, sin remedio, la pregunta de la desconocida: «¿Por qué has tenido tantos hijos?» (¿son cinco «tantos hijos?»).

Podría haber contestado tirando de clichés, sofisticando en todo caso los numerosos relatos relamidos y manoseados con los que hemos emperifollado la maternidad y, de paso, endiosado el papel de las madres. O podía tratar de ser sincera, lo cual siempre me ha resultado difícil. Supongo que hay en estas líneas un poco de estas cosas: clichés que pretenden no serlo, y verdades a medias porque de la mentira no se escapa, o no del todo, ésta siempre dicta su ley, camuflada por pudores fosilizados o revestida por brillantes promesas de verdad y de honestidad.

En Nueva York, en esa ciudad-delirio, ruidosa, que siempre me ha recordado a la *USS Enterprise* -la gran nave sideral en donde conviven las razas de toda la Confederación Intergaláctica-, supe replegarme como un lirón sobre mi memoria y bucear en las entrañas. De aquella doble inmersión nació este relato íntimo, tejido en los recovecos del silencio y también del dolor, pues la muerte de mi hija, relegada durante años a una pulcra amnesia, regresó por la puerta grande y esta vez no pude escapar de ella sino a través de la escritura. Éste es el relato más íntimo que haya escrito jamás, y todo para dar respuesta a un asunto al que aún hoy sigo dando vueltas.

¿Qué es ser madre?

Ser madre es haber parido a una criatura y es querer a esa criatura salida de las entrañas. Y aquí podrían terminarse estas líneas.

A saber qué porcentaje de la humanidad se conformaría con esta respuesta. Yo no. No me valen ciertas generalidades que todos deberíamos echar de nuestra vida con un buen puntapié, o en todo caso tener el cuajo de asumir con dignidad y resignación. Además, hay madres que no han parido ni lo harán: primer escollo; y porque la vida tiene accidentes y atrocidades, hay madres que se comen a sus hijos, como hizo mi hámster delante de mí cuando yo era una niña.

Soy madre significa que soy yo y mis hijos. *Yoymishijos*, para siempre, me guste o no me guste. Y bien pensado, esto es enorme. Puedo cambiar casi todo en mi vida: a mis amistades, a mi marido, de ropa, de nacionalidad, mi dieta. Pero hay muy pocas cosas que no puedo cambiar: mi edad, el hecho de que soy hija de mis padres -y lo que eso supone: ser hermana de, sobrina de,...-, y que soy madre.

Así que ser madre no es sólo parir y querer, y aunque parezca raro, tampoco tiene que ver solamente con los hijos. Si algo me han enseñado veinte años de maternidad es que ser madre tiene que ver, y mucho, con comprender qué clase de mujer soy, o quiero ser, o me gustaría ser.

Si ser mujer es condición para ser madre, ser madre no es una consecuencia de la misma condición. Y esto es importante. Asumimos con un pésame callado que hay mujeres que no son madres porque la naturaleza les fabricó un útero ingrato, pero nos cuesta comprender que también las hay que no quieren serlo porque no necesitan repetir el patrón ancestral; no, no precisan un cuerpo salido de sus cuerpos para sentirse plenas. Ninguna de ellas es menos mujer por estos *accidentes*, ni necesariamente más infeliz que yo que he parido cinco veces.

Y sin embargo, nos intoxicamos con nuestras frases prefabricadas: «Pobrecilla, es que no ha tenido hijos». Frases heredadas tras siglos de obedecer a esa dictadura humano-divina que ha fraguado el mito de la

maternidad como Tierra Prometida. Terriblemente hermosa esa idea de encerrar a las mujeres y a su prole en un gineceo de culpa que ha inspirado a los poetas dramas tan tristes y bellos como es el de Yerma.

El primer gran cliché de la maternidad es ese que dice que una mujer, por ser madre, es más completa y feliz, o es mejor persona, o más generosa; son cosas que adornan con primor las puntillas del faldón y quedan divinas con el terciopelo del pijamita. Pero son falsas. El *summum* de la estupidez de los clichés, porque todos conocemos a madres dignas de ser encarceladas y a mujeres estériles que son ángeles. Es una trampa. Un hijo no es un escudo contra la propia maldad, o contra el egoísmo. Cinco hijos tampoco. Ojalá.

No soy mejor por ser madre, luego no he sido madre para ser mejor mujer, pero puede que sea mejor madre si intento ser mejor mujer. La maternidad tiene mucho que ver con este trabalenguas, y Nueva York me entregó el *kit* de supervivencia que me hacía falta para salir a desenmarañarlo: la linterna, el casco y la paga al final del día que fueron las palabras.

Dicen que diez lunas blancas son necesarias para que brille la luz de un nuevo hijo.

Pero ¿cuántas lunas hacen falta para que una mujer se sienta madre? No sé si hay una respuesta o si ésta sigue siendo tan misteriosa como lo es la del origen del universo.

Supongo que cada madre tiene la suya.

Yo recuerdo bien aquella *extraña sensación*. *La extraña sensación* de tener que decir «voy a tener un hijo», porque lo de «voy a ser madre» yo tardé en pronunciarlo. Una no es madre por una marca en el Predictor y una sonrisa enigmática que ha aguardado todo el día a ser lanzada con nervios al hombre que será el padre de la criatura. Tampoco me sentí madre tras aquella primera visita al médico. Pero *la extraña sensación* ya estaba ahí. Como el preludeo de un verano a los dieciséis. Recuerdo el punto blanco en medio de las sombras, flotando como una medusa en la profundidad del océano, diciéndome que ahí, en esa cavidad que era mi vientre, había vida. Aunque no hubiera rostro ni latido de corazón, me llevaba la mano a la tripa y comenzaba a imaginar cómo sería la cara del niño o de la niña, de mi hijo o de mi hija, a los que nunca pregunté si querían venir al mundo, pero es que ¿acaso al poeta se le pregunta si quiere ser poeta?

No sé cuándo se hace madre una madre, pero madres que lloráis al que no nació, sabed que no lloráis al embrión, esa palabra tan fea, sino al hijo que tenía que haber venido, al que habríais amamantado, al que habríais curado con agua oxigenada un raspón en la rodilla.

Lo sé bien porque lloré a mi hija Jimena antes de que naciera. Y fui más madre que nunca las diez lunas que vivió dentro de mí. Y aunque nos separen dos metros de tierra y un ataúd blanco, sigue siendo mi hija. Y yo su madre.

Las mujeres nos embarazamos y los hombres no. Es así.

La panza, la tripa, el útero, los ovarios o el cordón umbilical son las palabras que contienen la diferencia ancestral en ese juego de la *différence*. No hay otra cosa. De momento. Y son muchos siglos los que llevamos en ese: *de momento*. Pero no echamos la culpa a la madre naturaleza por esa inevitabilidad, preferimos maltratarnos unos a otros (y sobre todo unos a otras). Nos maltratamos porque aceptar las cosas es dar una batalla por perdida y a veces parecemos los Giants a punto de salir al estadio al grito de: «¡¡¡Aquí hemos venido a ganar!!! ¡¡¡UUUUHHHH!!!!!».

Si no hubiera habido Big Bang y si la Tierra fuera plana, quizás yo hubiera posado mi mano sobre el vientre del padre de mis hijos, como él la posaba sobre el mío para acariciar al niño que abrigaba mi piel.

Serían, sería... Los condicionales sirven también para recordarnos que algunas cosas fueron y siguen siendo de una manera. Aunque moleste. Aunque unos lleven en su ADN a un ejército de alborotadores.

Pero por mucho que metamos a los hombres en el embarazo, es coto de mujeres (y eso no quiere decir que lo sea el hijo, eso no tiene nada que ver).

Mía y sólo mía fue esa mezcla de cosas raras: que si los estados de humor, que si el cansancio, que si me agotas, te adoro, ven y déjame en paz... Si nos han endosado la histeria y la fragilidad a las mujeres, algo de culpa ha tenido ese baile de emociones, mezcladas y agitadas, gracias.

Madres zombis y padres funambulistas.

Recuerdo que los tres primeros meses de mis preñeces el aire puro parecía empeñado en desertar del planeta, vivía atrapada en una nube de azufre, como si no me hubiera apeado de las curvas del Puerto del Escudo de mi niñez, que subíamos para llegar a Cantabria, ¿¿subir si íbamos al mar!?!... Y luego aquella bajada, pero a los infiernos, como si al mismo diablo le hubieran encargado vaciarme el estómago a golpe de tridente, o al ritmo de ese asqueroso *ritornello*: «Mamá, voy a vomitar». «¿Otra veeeeez?»

Ahora que en Nueva York me he vuelto adicta al jengibre, he sabido que

quita las náuseas. Si fuera animal habría buscado la preciosa raíz entre la maleza, igual que las vacas buscan la vincapervinca para limpiarse de tumores.

En casa se cuenta que una de mis tías comía durante sus preñeces bolas de alcanfor y que otra chupaba la cal de las paredes como los burros y los caballos, o como si fuera el personaje de una novela de García Márquez; pero ella no es ni lo uno ni lo otro, y doy fe de que mis primas no nacieron más blancas de lo que ya se estila de por sí en la familia, ni son rancias o apergaminadas. Tampoco yo fui relamiendo las paredes de mi pueblo que son de cal, ni suplí tardes de pipas por tardes de alcanfor. Comí pepinillos en vinagre y mis hijos, menos mal, no tienen el carácter avinagrado. Y por culpa de ciertos olores me purgué como las vacas o como mis perros. Nada grave.

En realidad, deberíamos purgarnos más a menudo.

Los hijos nacen de la más profunda de nuestras respiraciones; no es un accidente o una casualidad, más bien creo que es un plan perfecto trazado por la Madre Naturaleza que nos enseña cuál es la única manera de comenzar a amar a nuestras criaturas: desde las entrañas y con el alma que necesita del aire para ser alma.

Nace un niño y ya no puede no haber nacido, igual que cuando una mujer ha sacado de sí a una criatura ya no puede no ser madre, aunque le pese. Heme aquí, soy tu madre. *Heme aquí* que no necesita ni siquiera ser dicho. *Heme aquí* que se hace verdad en la piel, en el olor, en media pupila que se dilata, lista para recoger todos los rayos de luz de ese nuevo ser que nos ha llegado. Al que llegamos.

Dice un poeta con síndrome de Asperger que el 5 es un número con sentimientos o colores, pero para mí son las veces que con amor y con miedo he posado en mi regazo al hijo que mi cuerpo ha expulsado y he dicho: soy tu madre. *Heme aquí*, y aunque en ese momento he sido *la madre de ese niño que nace*, no me siento madre cinco veces. Soy un solo cuerpo de madre capaz de partirse en cinco sin que medie la matemática, capaz de dar cinco veces lo mismo de sí a pesar de la división.

Se llama amor de madre, un sentimiento que se ha ido tejiendo a lo largo de una suma gigantesca de siglos en cada chaquetita, o en cada labor de besos. Amor de madre, un nombre bien bonito, pero otra de esas generalidades que nos ayudan a estar, igual que unos zapatos cómodos nos ayudan a caminar. Y ya he dicho que me niego a querer a mis hijos según generalidades, por ciertas y hermosas que sean; aunque lo hacemos, casi todos, y corremos el riesgo de entregar a un anuncio de televisión o a un prospecto de Dalsy los pequeños y valiosísimos gestos que tiene el día.

Yo tengo con mis hijos algo que es mucho más que un bonito nombre y que todos los zapatos cómodos del planeta. Se llama *lo nuestro*. *Lo nuestro* es un dialecto precioso que guardo para cada uno de ellos y que se va construyendo día a día, con los pequeños y sorprendentes gestos que nos traen las horas, los segundos y los silencios. Con las alegrías y con las tristezas, como una carta

de amor.

Y *lo nuestro* es minúsculo comparado con las generalidades universales, pero no tiene nada que ver con lo banal y eso lo hace enorme. Es magia. El otro día compré en Three Lives, la librería más bonita del West Village, *The Edge of the Sea* de Rachel Carson. Con una prosa que a veces parece poesía, Carson logra que la inmensa masa oceánica me parezca poca cosa al lado de la fascinación que me produce la traza que va dejando un cangrejo en la arena de la playa; pero a la postre es esa minúscula huella la que me da idea de la enormidad del mar. Pues a ese tipo de magia me refiero cuando hablo de lo enorme que es el amor que siento por mis hijos.

Nacemos y morimos sin que el pasto se agite.

(Leído o soñado)

Aunque humanidad sea sinónimo de dar vida, dar vida sigue siendo el más grande de los misterios. Un espermatozoide cruza el Rubicón y lo que sigue todos lo sabemos, pero ¿por qué razón lo hace ese espermatozoide concreto y en ese preciso instante? ¿Por qué esos ojos y esa alma, y esas palabras aún no dichas con las que alguien nombrará de nuevo el amanecer? Nos inundan con instrucciones para montar muebles y recetas de cocina para comer sano; seguimos los pasos diligentemente -del A al B, la harina y luego la levadura-, pero creamos vida sin conocer la fórmula mágica de la salsa o del *soufflé*. Es una incomodidad secular para muchos, pero para mí que no leo recetas de cocina y que paso del A al D es sólo un fabuloso misterio que prefiero dejar sin resolver porque la vida sin misterio me gusta un poco menos.

No, nunca he sido capaz de seguir las medidas exactas de los purés, no sé siquiera si respeto las rayas del Dalsy o de la cuchara de jarabe. Detesto los libros de instrucciones, la repostería que necesita de medidas precisas o que los pediatras me digan que licúe medio plátano con tres cuartos de melocotón, ¿y qué hago con la otra mitad y el cuarto que sobra? Comérmelos, ponerlos en la papilla o hacer caso a Stuart Mill, que descansa en la encimera, junto a al trapo de cocina, y que viene a poner las cosas en su sitio con una receta muy simple: «Una persona se siente moralmente libre si siente que sus hábitos y sus tentaciones no son sus amos».

En *La caverna*, Saramago creó a un personaje entrañable llamado Cipriano Algor. Cipriano Algor es alfarero. Moldea figuras humanas con arcilla. Me gusta esa imagen, alguien creando desde el barro, algo creado con tierra y con las manos. Hijos, habéis salido de mi horno, sois pequeñas figuritas moldeadas *con* y *en* mi carne, soy alfarera desde las entrañas, aunque no sé cuánto de tierra y cuánto de agua debe llevar la mezcla para que el barro sea buena cerámica. Si lo hubiera sabido, vuestra hermana Jimena viviría, pero está muerta porque nadie me dio la receta exacta de la pócima. Tuve que aceptar que no soy diosa aunque tenga el poder absoluto: el de dar vida. Tuve que aceptar que en una misma hornada podría dar forma a la vida y a la muerte. Tuve que aceptar esa terrible contradicción, ese misterio blanco. Y lo hice con un inmenso dolor.

Pero mataremos el misterio. Por terrible y misterioso y por ingobernable. Y para evitar el dolor. Y porque nos creemos dioses.

La vida ya se fabrica en un tubo de ensayo. Estamos aprendiendo a darle forma a la creación desde el inicio, igual que hacía Cipriano Algor al moldear sus figuras.

Sin embargo, yo ya sé que no soy Todopoderosa porque no pude dar vida cuando sentía que se me iba del pecho. Y me gusta sentirme así: soy sólo una pequeña alfarera impotente, y he aceptado esa verdad odiosa, y lo he hecho porque no me queda más remedio. Y porque sé que me hace bien.

Cinco hijos son cuarenta y cinco meses dando vida a otros.

Durante ese tiempo se libraron en mi interior cinco largas batallas en las que trillones de células estuvieron dirigidas por algún control remoto como el del tractor con el que jugaban mis hijos de niños; pero yo no hice nada para que eso sucediera. Cuando bailo llevo mis brazos y mis piernas a donde quiero, los dirijo yo, cuando he fabricado las uñas y el rostro de mis hijos sólo he dejado que las cosas sucedan dentro de mí. Me he dejado llenar de vida. Es una simpleza muy bella. La vida me llamaba, toc, toc, con sus puñitos y con sus patadas, y yo contestaba con una caricia o con un suspiro repletos de enigmas. Sin oponerme.

Pero los padres, ya lo he dicho, engendramos la vida y nos arrogamos el misterio de la creación. Porque queremos tener el control. Manejar el juguete. Damos vida como si cumpliéramos con algún plan vital marcado en realidad por nuestra propia soberbia, nos afanamos por prolongarnos más allá de nosotros mismos a través de la estirpe. Es un pecado ancestral que quizás merezca clemencia porque la culpa la tiene el amor.

Pido clemencia por traer a mis hijos al mundo en el que me parieron porque siempre creí en la Historia Universal del Amor y porque en este mundo hay flores y donantes anónimos, como dijo un poeta, y suelo creer lo que dicen los buenos poetas. Pasé del *after-hour* y de una clase de Teoría del Lenguaje al paritorio con la inconsciencia de mis veintitrés años y en contra de los relojes de última generación, y todo porque estaba enamorada y quería ser madre de muchos hijos. Sería una madre perfecta y maravillosa para poblar este mundo de poetas y así de simples y de sencillas son a veces las grandes cosas.

Ser madre no nos pone a salvo de la ingenuidad, hijos.

Pero ahora sé que las flores se marchitan, que los corazones de algunos donantes anónimos están llenos de amargura y que en el mío cabe la tristeza, pero sigo creyendo en esa Historia Universal del Amor y sigo queriendo ser madre de hijos felices.

El amor verdadero. Cuesta decirlo. Suena incluso cursi. El de las

cerraduras que se adaptan, como dice Faulkner en *¡Absalón, Absalón!*, lejos de «esos matrimonios mayores que nada tienen ya en común para hacer o conversar en compañía, salvo el aire que desplazan y respiran y la tierra olvidadiza y estable que soporta su peso». Hijos, me niego a que las cerraduras de vuestro padre y mías chirrien. A que pese nuestro amor. Huid del *terrible vis à vis*, como lo llamó una vez una persona durante una cena a la que asistíamos; es una frase patética que no olvido, ni la imagen que dio lugar al sarcasmo: una pareja que cenaba en silencio, sin mirarse a la cara, en la mesa de al lado.

Asumo y acepto con algo de temor, pero con fe, con emoción y con amor, los pesares de la convivencia: las embestidas de la vanidad, las luchas, las caídas, las rebeliones y la inevitable comparecencia de la sensatez como juez, a veces terrible señorita Rottenmeier, pero prudente maestra. Lo acepto, pero con un solo fin: darles a los míos mucho más que un pobre «ha valido la pena».

Aún recuerdo aquello de preparar el nido. Como hacen las aves o como hacen todas las madres, o casi todas, porque las hay que no han limpiado nunca su nido, no lo limpiarán jamás y menos cuando les va a nacer una criatura. Y hay madres, como Addie Bundren, que se mueren un poco con cada hijo que les llega al nido. A ella no me parezco, pero la entiendo. No sé si Faulkner sabía o no sabía de mujeres, pero sabía muy por encima de eso. Sabía de la Humanidad. Y de sus accidentes.

Una prepara el nido con diligencia y luego los polluelos lo desbaratan. Y lo llenan con sus plumones XXL. Marcan su territorio incluso antes de nacer: sisando centímetros al cuerpo, desordenándolo.

Por mucho que llevemos siendo madres por los siglos de los siglos, ¿no resulta insólito que algo tome posesión de nuestro cuerpo a sus anchas? Lo es también esa trashumancia de los órganos: el estómago en los pulmones y éstos en el corazón. Para que luego se extrañen algunos de que a las madres se nos desordene también el carácter... La voz, menos mal, se queda en la garganta. Pero es un asco que todo se mezcle, que los riñones trepen hacia los hombros, porque recuerdo que dolían justo ahí.

Nunca me ha gustado que mi cuerpo no esté en su sitio. Son manías de una...

Durante mis embarazos soñaba que me transformaba en esas mujeres de Botero. Me despertaba y respiraba para echar de mí la angustia y la pesadez.

Es un reto ver hasta dónde puede estirarse una tripa, la piel tensarse, hacerse transparente, como esas campanas de cristal con naturalezas muertas que había en casa de mi abuela. ¿Veré a mi hijo flotando a través de la piel? *¿Tendrá alas de mariposa mi hijo o escamas de dragón?*

Mi panza era como un mapa de venas, la recorría para buscar un corazón, un codo, unos talones, buscando a mi hijo o a mi hija vivos.

La distancia entre mis falanges también cambió, me apretaba la alianza. Dedos feos.

Las piernas se movían con mayor lentitud.

Por fin tuve pecho.

En el baile hay que apoderarse del espacio con el cuerpo, llenarlo, pero *ojalá no se me desmadre este baile*, pensaba y seguramente piensan todas las futuras madres. Pero el cuerpo tiene límites, no puede deformarse hasta su propia destrucción, aunque haya madres que lleguen a creerlo.

También la mirada de una embarazada cambia. Puede que una no lo note, pero lo suelen decir los otros y, aunque los otros digan mucho y demasiado de nosotros, a veces no se equivocan. Estoy segura de que si me detuviera a mirar con interés a la gallina de casa que está empollando a sus polluelos, notaría esa diferencia en sus ojos que de ordinario parecen ojos disecados, huecos, estúpidos.

Nunca he querido ir a uno de esos cursos de preparación al parto. Otra de esas renunciadas a la intimidad que se pactan al por mayor. Todo se cuenta, todo se comparte. Se vive en grupo lo que nos hacen creer que solos no podremos afrontar. Se hace pornografía de lo más íntimo y se pone coto a la bendita soledad.

En mi experiencia premeditadamente solitaria nunca eché de menos los consejos de los especialistas. Vivía mucho más cómoda con mis miedos y mis preguntas extrañas: *¿Y si me rajan el abdomen como yo he rajado en mil pedazos algún corazón mientras el mío se desangraba? ¿Y el alma, se deforma también el alma cuando la habita otra alma en construcción?* Imaginaba a mis hijos bañados por mis ideas. Flotando en ese gluglú existencial que quizás les resultara insoportable, como me resulta tantas veces a mí.

Así fue como me di a otros: plagada de preguntas absurdas, célula a célula, fabricando uñas, pelo, risa, ojos, miedos y muerte. Os amé, hijos, antes de ver vuestros rostros. Antes que eso, desde que ondeaban en mi vientre los bultitos de vuestros diminutos cuerpecillos.

¿Habréis oído mis secretos? ¿Y si se derramaron mis ideas más valiosas, mis miedos más poblados y mis sueños más profundos en el monzón de líquido amniótico?

Ladrones de mí. Síndrome de Estocolmo.

¿Cómo pasar de hablar de la vida a hacerlo de la muerte? ¿Y cómo hablar de la muerte sin que se nos descargue un cartucho de balas en el alma?

Poniéndonos ante ella. Paseando por sus dominios, y diciéndole: aquí estoy.

Hemos viajado a Washington y visitado el cementerio de Arlington. No me gustan los cementerios. Apenas voy a ver a mi hija a aquel en el que está enterrada. Pero un cementerio como el de Arlington es otra cosa, es donde la tierra se hace patria y ésta, madre. Escribí en mi libreta:

Parnaso. Olimpo. Donde la tierra madre se ha tragado a sus héroes, que duermen en ese seno hecho de polvo y de agua, de raíces y de sollozos. ¿Quién consultó a las madres de corazones rojos y rotos que los parieron? ¿Es que las madres quieren héroes? Demasiadas lágrimas. Clitemnestra, Hécuba, Medea, Antígona, todas condenadas al llanto, todas vuestras lágrimas de madres y de hermanas siguen mojando la tierra.

En Arlington llovía.

Seguimos los carteles que llevan a la tumba de John Fitzgerald Kennedy. Está debajo de Arlington House, la casa que un nieto de George Washington construyó en memoria de su abuelo y en la que vivió Robert E. Lee, el famoso general. A los niños les importaba un bledo la explicación de su tío Jorge, sólo querían saber cuántas cruces había ahí. Es como preguntar cuántas estrellas hay en el cielo, tesoros. ¡Millones!

«¡Pues cuánta gente se muere en este sitio!»

Mientras caminábamos pensaba que también la tierra es esa que se abandona, o de la que somos expulsados; y me pregunto qué será más difícil para el corazón: ser rechazado o expulsado por la madre o por la tierra que nos parieron porque a mí ninguna de ellas me ha expulsado de su corazón ni de sus pedruscos.

Tierra. Vientre. Humus. Útero. Madres.

Soy tierra y creo que también fui sepultura. Di la vida a mi hija, pero no supe conservársela.

Como solitarios peregrinos de ese día húmedo -mejor, las masas siempre son un incordio-, fuimos leyendo nombres y buscando las simetrías entre las hileras: en diagonal, de frente, de lado... Qué distinto este cementerio al pequeño santuario en el que descansa mi hija Jimena. La hija de Jorge y de Casilda, mi sobrina Carlota, está enterrada en Roma. Murió el día de mi petición de mano. Triste coincidencia. Pero sólo los dioses deciden a qué hora se levanta el día.

«¡Qué grande es este sitio, mami!»

Sí, es enorme, hijos. La muerte también se enseñoera en nuestro reino de vida.

Mirad, niños, es la tumba de un hombre muy importante, un guapo expresidente americano. Su mujer también está ahí enterrada: Jacqueline Bouvier Kennedy Onassis. Tres apellidos. Tres vidas. Tres hombres. Tres amores. Pero la enterraron junto al padre de sus hijos. Y junto a sus hijos. Junto al guapo John John había otras dos lápidas, las de un niño y una niña que murieron al poco tiempo de nacer. No sabía que la bella Jackie y yo hubiéramos compartido pena. Hubiese preferido parecerme a ella en la colección de bolsos o de zapatos.

El niño se llamaba Patrick, y tan sólo vivió dos días. El nombre de la niña lo he olvidado.

Me cuesta visitar su tumba. Pienso que vive en mí, y no me gusta hablar con las piedras. A cada cual su duelo.

El cementerio donde se halla enterrada mi hija está al final de una carretera apenas transitada, donde se alzan las encinas y desaparecen las casas. Es pequeño y en días normales sólo se oye a las golondrinas y el rastrillar de los jardineros. También el bisbiseo de alguna oración.

Vamos poco, pero hablamos de ella. Ante ciertas realidades puede parecer absurdo confabular, las vidas de los que se fueron dejaron de ser vidas, y punto, pero ya dije que no aceptamos fácilmente el curso de la naturaleza o las sentencias del destino. «¡Qué injusto que fulanito muriera tan pronto!», repetimos como si fuéramos jueces del universo. Pero la muerte de una hija sólo deja como alternativa una enmienda total a la justicia y un legítimo deseo de confabular. Y eso que no logro imaginar cómo sería ahora, por mucho que lo intento. Es molesto. Es un incordio congelar a un hijo en una sola imagen. Los niños crecen y cambian. Cuando están muertos no hacen nada de eso. Son un instante. Mi hija es ese cuerpecito que tuve entre mis brazos durante veinte días. Recuerdo su olor, su mano. Tu boca, tu muslo, tu ombligo, Jimena. Carne de mi carne. Eso es casi todo lo que tengo de ella. Y por eso desconfío de las teorías que sólo dan importancia al alma. La materia importa, y no sólo la de nuestros sueños o la de los motivos transparentes que formaron una lágrima o una risa. Mi corazón no es sólo un nudo de aire, tiene forma y tejidos, es piedra o algodón. Pero queremos asociar el cuerpo a la belleza, y lo adoramos o execramos; o a la fealdad, y nos asusta o sentimos lástima y compasión.

Mis hijos también confabulan sobre la vida que su hermana nunca llegó a tener. Supongo que por curiosidad, por morbo y porque hay una suerte de consuelo en la confabulación.

«¿Jimena hubiera ido al colegio con nosotros, mami?», «¿De qué color serían sus ojos?»

«¿Y qué día sería su cumpleaños?»

A veces duelen las preguntas que me hacen, duelen porque apuntan sin quererlo a las zonas del alma dañadas, pero me gusta saber que ellos también

inventan vidas para su hermana. Y pienso que Jimena está bendita porque son
suyas todas las vidas posibles.

El 12 de abril.

El 12 de abril es su cumpleaños.

Yeats dice: «Un hombre no es un hombre solo o entero hasta que no siente el desgarró». La muerte de mi hija es un desgarró. Pero me ha construido. Es una bonita paradoja.

La madre alumbra. Da vida. La fabrica. Pero no puede remendar un corazón.

Mi hija blanca era una niña azul porque su corazón no funcionaba.

Niños azules. Niños de luz pálida. Niños que brillan.

Nunca pensé en ser madre para serlo de una hija muerta. Debería estar prohibido por ley que murieran los hijos. Ni siquiera hay una palabra para definir este asqueroso accidente y no deberíamos inventarla, es permitir que el diccionario se enseñoree de la desgracia.

Lo que no dejó vivir a nuestra hija Jimena fue el ventrículo izquierdo. Maldita biología. Hipoplasia del ventrículo izquierdo. La aorta tampoco se había desarrollado, apenas un filamento milimétrico que no podía regar su cuerpo. Desde el cuarto mes de embarazo me tuve que acostumbrar a todos esos términos hasta entonces desconocidos para mí y que están fuera del vocabulario con que una madre adorna la maternidad. Pero sobre todo me tuve que acostumbrar a fortalecer la esperanza.

Nietzsche dice que la esperanza sólo retrasa la inevitable realidad, o el inevitable dolor, o quizás diga angustia, que es palabra más propia de un mago del pesimismo. Pero con la llegada de mis hijos he aprendido que hay veces en que la esperanza se define únicamente por su raíz y no es sólo una forma de espera que retrasa un acontecimiento. Es la Espera que trae la promesa de un amor invisible, inexplicable y absurdo, porque ¿qué puedo querer tanto que aún no conozco, que no tiene rostro? ¿Qué queremos los padres cuando sólo hay una tripa de piel brillante y una foto borrosa en blanco y negro? Queremos una idea, la idea llena de vida y no de muerte, ¡maldita sea!, que significa el hijo por venir.

Nietzsche era un mago del pesimismo, pero en realidad nunca podré comprender qué quería decir, porque él no fue madre y yo sí. En cambio, sí sé que perder mi definición de la esperanza durante el embarazo de mi hija hubiera sido como abrir la puerta a esas tres sombras que sobre el dintel de la puerta del infierno gritan: «¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!», y una madre no sienta a su mesa a las sombras, y menos al diablo. Una madre difícilmente abandona la esperanza de ver a su hijo vivir. Palabra

de madre.

Mientras velaba a mi hija muerta, pensaba que había dos realidades: una en la que *eso* estaba sucediendo para ponerme a prueba, y otra en la que nada de *eso* podía suceder. La primera de las realidades duraría sólo el tiempo de experimentar lo de: «Pobrecilla estamos contigo, qué fuerte eres»; una dosis extra de cariño y de atenciones en la desgracia que nos hace más interesantes a los ojos de los demás y a los nuestros; una de esas experiencias traumáticas que todo escritor desea porque cuanto antes pase por ella, antes sacará réditos, y que además adorna muy bien una biografía. Pero, por supuesto, se impondría la segunda realidad: lo peor no sucedería, ¡cómo iba a suceder! Mi hija viviría porque lo primero era imposible que sucediera.

Lo que se impuso fue el dolor. Y si sólo hubiera sido el mío, pues a tragar y a hacer literatura. Pero se impuso el dolor de mis seres queridos, y el peor de los dolores: pensar que mi hija sufrió.

A la mierda con el ego y con la vanidad.

No fui madre para aprender a sobrellevar la muerte, pero porque soy madre he tenido que aceptar la peor de las muertes, y eso he hecho, aceptarla como se acepta que en Navarra sopla el Cierzo y en Cantabria el asqueroso Sur, y con el tiempo he aprendido que se puede vivir perfectamente bien con la muerte de una hija pinchada en el corazón, y al que no le guste el Sur, que se ponga tapones para dormir. Pero he tenido que esperar a estar lejos de mi casa, en el salón de una casa pasajera en el que soy una anónima inquilina, en una ciudad que estoy comenzando a sentir como mía, para pasar a limpio los recuerdos de aquellos veinte días de vida de mi hija que tanto dolieron pero que también me están construyendo con una argamasa más limpia y me están regalando este texto, parido durante diez lunas blancas de Nueva York.

Los niños duermen. La casa está en silencio. Abro mi cuaderno verde, el que tiene los poemas que escribí para Jimena. También están ahí, a resguardo, algunas de mis notas sobre aquellos días tristes que envolvieron su muerte. Los he leído, hacía mucho que no lo hacía.

«Aquello que creo que son recuerdos son seguramente ensoñaciones», dice Kawabata en un cuento precioso que se titula «Aceite»; lo anoto en un margen

mientras ululan sin misericordia las sirenas tras la ventana oscura y los neumáticos de los vigías del alba calientan el asfalto aún frío de la ciudad.

La casa duerme, también «la ciudad que nunca duerme» está en calma chicha y me lleva hacia todo aquello, a ese malogrado 27 de abril. A la imagen de mi hija, en su ataúd. Aún no sabía que la miraba porque necesitaba grabar en la memoria su imagen de hija muerta para escribir algún día sobre ella. Y ese día está aquí: voy a escribir, o estoy escribiendo, sobre ese rostro que me ha acompañado como una ensoñación tantos años.

«Querida hija, tu vida está hecha de días blancos», escribí. Y azules. Umbral también escribió sobre su hijo muerto y bautizó aquellos días como días blancos y para Joan Didion creo que fueron violetas, porque todo tiene colores y los de la muerte jamás se borran. Los días de Jimena fueron días blancos por culpa del hospital, aunque en realidad el nacimiento de todos mis hijos ha sido blanco por culpa de los hospitales. Mis abuelos nacieron en sus casas, pero hoy se viene al mundo entre guantes de látex, tubos, papel reciclable y botas de goma. Y neones: luz rabiosa de leche sideral. Un quirófano no da para mucha poesía, así que propongo que igual que cada hotel americano tiene su Biblia en la mesilla, en los paritorios haya un ejemplar de *El elogio de la sombra* de Tanizaki.

Cada nacimiento es una génesis, como un punto cero en el tiempo que sirve para contar una historia completamente nueva. Y por eso hay muchos modos de hablar del nacimiento, porque las historias no sólo comienzan por «Érase una vez...», también por «Llamadme Ismael» o por una letra y otra letra hasta formar el nombre de una nínfula.

Parir a una criatura. Alumbrar. Poner luz, dar a luz o traer luz a la tierra por medio de un nuevo ser. Y con esta preciosa ristra de verbos y locuciones para comenzar el cuento, hay padres, o monstruos, que prefieren tirar a los niños al mundo. Me pregunto si serán de los que dicen que está feo eso de tirar papeles al suelo... Señorita, ¡cárcel!

Mi madre se guía por el calendario zaragozano o por las temporadas para predecir el tiempo, y por el calendario lunar para predecir los nacimientos. Los niños nacen con más facilidad en los cambios lunares, nos dice, cuando la luna está llena. O cuando no hay luna.

Niños de pleamar contados una y otra vez, una y otra vez... Y en esta historia siempre nueva, el médico nunca es el médico, es *mimédico*, que se lo pregunten a cualquier mujer. *Mi* médico es un mago verdemar que en el quirófano despliega, como Merlín, todos sus poderes de demiurgo. Y la matrona es el hada madrina, *la salacabula magicabu*... ¿Y quién soy yo en ese decorado? Soy una madre, como tantas otras, preñada de impaciencia, y de prisas, como esas personas que caminan siempre demasiado rápido por la calle, ¿qué buscan?, ¿qué quieren?, ¿a dónde no llegan? No llegamos a nuestros deseos. Así que me trae al fresco lo que diga el monitor, o si toca cuarto menguante el día que yo he decidido que tengo que dar a luz porque tras nueve eternos meses de espera -qué largo se hace el cuento- tengo el enorme deseo de ver la cara de mis hijos. Soy una madre tiránica que sabe cuándo sus hijos quieren salir, una madre que seguramente lo sabrá todo sobre sus criaturas, cuándo tienen hambre o cuándo tienen frío, como en la canción de los patitos.

Sí, dar a luz es un hecho portentoso. Y traumático, aunque, como he dicho, yo me ría siempre que lo hago.

Nacemos de una separación y las separaciones son duras. Con un corte limpio o con un mordisco nos separan de nuestra madre-placenta. El cordón umbilical me da asco y me asombra pensar que es el tubo por el que muchos querrían volver a ser aspirados, pescados del río revuelto de la vida para recorrer el camino a la inversa, como los salmones cuando vuelven a la mar. Enfundarse la vagina por el cuello, como un jersey, dice el escritor checo Bohumil Hrabal. Desnacer para volver a ser pura creación.

Esto escribí en uno de mis cuadernos.

Pero no podemos desnacer. Sólo vivir. Y morir.

Es algo que los niños intuyen rápido.

«¿Me voy a morir, mamá?»

Todos me han hecho la GRAN pregunta.

Respiras hondo y el único argumento que encuentras para contestar es hablar de plazos, como si la muerte fuera una hipoteca: te vas a morir porque todos vamos a morir, hijo, pero para eso falta mucho. No sé si la muerte a unos años vista es menos tenebrosa...

«¿Y tú te vas a morir, mami?» Ningún adulto se atrevería a preguntarme cuándo me voy a morir.

Sí, hijo, me voy a morir, pero cuando ocurra serás muy mayor. Me gustaría decirles que soy inmortal, o Wonder Woman, que siempre me fascinó, pero no se puede mentir en algo así. *Serás muy mayor* significa que serás un hombre o una mujer con un discurso listo para afrontar la muerte de tu madre anciana, pero espero que no signifique que sientas menos pena por mí. A ver si es que el amor no puede ser tan generoso, ni tan humilde como predica la carta a los Corintios, y sí tan devastador como nos cuentan la literatura o las páginas de sucesos.

«Y por qué murió Jimena, mami?», y te callas.

«¿Y si se nos olvida Jimena, mami? A las vacas y a los animales se les olvidan sus hijos. ¿Y si te olvidas de nosotros?»

No, no la olvidaremos porque yo no la olvidaré. Me acordaré de ella siempre, hijos. Y de vosotros, allá donde estéis.

Y a Jimena la encontraréis en estas palabras que estoy escribiendo con dolor y con alivio.

«¿No pensaste abortar?», me preguntó alguien que debe de tener una agenda de luchas que no coincide con la mía.

A mi marido no le hicieron esa pregunta. ¿Porque es hombre?, ¿o sólo era el padre?, ¿sólo la mitad del problema, de nuestro pequeño ángel enfermo?

¿Es que abortar me hubiera evitado el dolor?, ¿o es que iba a ser fea mi hija por tener mal el corazón y yo no la querría? ¿o mejor, un problema menos...? No, no son preguntas que llegué a hacerme.

Quieren ayudar, y no saben. Tienen miedo. Queremos ayudar, y no siempre sabemos. Todos tenemos miedo.

Cuando éramos pequeños teníamos miedo a la oscuridad, a los fantasmas y al hombre del saco; de adultos, sólo le ponemos otros nombres: compromiso, dolor, llanto, vejez, enfermedad, diferencia, muerte.

Sociedad aséptica.

Pero yo me comprometo con el misterio. Que me juzguen desde ahí. Si no hay brotes no habrá flores, y de los más raquíticos brotes puede brotar el milagro, lo he visto porque cuido a mis orquídeas.

Aunque el miedo siempre tiene las de ganar. Quiere imponerse, y lo sé, porque yo estaba muerta de miedo con mi flor enferma.

No hemos sido tejidos con piel de héroe. Yo no tengo piel de héroe. Pero tampoco estamos hechos de piel de perdedores. Eso me niego a aceptarlo. Lo complicado es lo complicado, pero ocurre que no tenemos una visión compartida de lo humano. Y quizás nunca la tendremos... Objetores de conciencia que nos pueden parecer admirables o irresponsables.

¿Mi hija podrá correr, podrá hacer deporte, doctor? ¿Se irá de viaje o de campamento con los amigos?, y... y (ésta no va para usted doctor, ésta va para mí...) ¿la tratarán bien por ser distinta?

Cómo me asustaban esas preguntas.

Siempre me ha resultado emocionante la llegada al hospital, las apreturas de la entraña que avisan que el hijo está por venir. Los nervios. La emoción. Al niño se le acaba la pensión completa de ese refugio abrigado.

Me enganchan al monitor. No quito ojo del gráfico que va dibujándose en la tira de papel como de ticket de supermercado, ni puedo perder la cadencia de ese ruido extraño, ronco, un zumbido abisal: brrrrrrr, brrrrrrr. Imagino mi corazón bañado en líquidos y el bombeo me recuerda a las hazañas del comandante Jacques Cousteau, a esas máquinas que él y su equipo sumergían en el océano, para descifrar el lenguaje del abismo. Transporto un abismo. Estudio las curvas que se van imprimiendo en el papel como un bróker miraría la curva del Nasdaq y del Ibex, o como un meteorólogo o un geógrafo estudiarían el trazado de un sismógrafo. Estoy fascinada por esos gráficos de picos, montañas y colinas que se imprimen en el papel y que me dicen que el corazón de mi hijo está bien porque ¿acaso puede ser malo el ritmo cardíaco de un hijo...?

No, una madre no está programada para que un asqueroso monitor comience a escribir torcido, a dibujar unas líneas en el papel que digan que la cosa no está bien, porque esa cosa que no está bien es el corazón de la hija de una madre que no puede aceptar esa injusticia: que su niña sufra antes de que la pueda apretar entre sus brazos.

No he escrito sobre mis partos. No me interesa hablar de edemas, de orificios y de sudores. Pudor estético o pudor emocional, el agua con que me rociaron en la pila bautismal, una nota al pie que alguien debió anotar junto a mi nombre en la partida de nacimiento, una postura elegante que a veces es como un tajo a la honestidad, y seguramente un modo de estrellar contra un muro ciertos intentos de crear arte verdadero porque hay grandes relatos que han necesitado o necesitarán de pasos por el cuarto de baño, o de orgías en alta definición. Pero serán otros quienes los escriban. No yo. El sagrado nacimiento de mis hijos está grabado en un olor y en los temblores de las entrañas, y no es algo que esté dispuesta a despachar por un alarde artístico. Es una de las imágenes más íntimas que atesoro en el cajoncito donde escondo mis secretos. Y los secretos no se exponen, pertenecen al mundo de lo sagrado, de lo oculto. Eso les digo a mis hijos.

Contar mis partos sería como dejar que la pornografía, que detesto, se colara en ellos y seguramente lo haría para restregar su mano en el charco viscoso de la placenta; destronaría del altar de lo sagrado mi sexo, el sexo de todas las mujeres que con razón es el origen de tantas obsesiones, de tantas guerras y de tanta enfermedad, la obsesión más racional si tenemos en cuenta que es nada más y nada menos que origen de todo, como entendió Courbet y glorificó en ese cuadro brutal titulado *El origen del mundo*. El sexo de la mujer es la puerta que, abierta y generosa, permite que penetre y cuaje el germen de la vida. El sexo rojo, roto y dilatado es lo que escupe esa vida, y el canal del parto por el que resbala el niño con sufrimiento hacia la luz es el camino que recorre un nuevo ser para juntarse con los demás hombres. Es canal de amor y de fatalidad. Canal de ternura y canal de ambición por el que se han escurrido reyes, pueblo y Papas.

El mío ha expulsado vida cinco veces.

Y cinco veces y un millón de veces más es venerado por el que introdujo en él la semilla de la vida.

Y no diré nada más.

El niño llora. Es un revoltijo de piel morada y moco blanquecino, la cosa más preciosa del mundo.

Hijo, hija, habéis venido a llenar una esquirla de vida que aguardaba a su dueño, sois propietarios de vida. No lloréis, no hagáis caso al señor Eugène Delacroix, que escribió que no hay otro modo de nacer que entre llantos proféticos. Mientras escribo esto leo sus hermosas palabras, que contienen sin embargo el bisbiseo de una condena:

La materia incurre siempre en la tristeza: el murmullo de los vientos y del mar, la larga noche con sus terrores y su silencio, el ocaso con su melancolía, la soledad, donde se la encuentre, evocan oscuras ideas, aprehensiones de nada, de destrucción. El niño nace envuelto en lágrimas, no sabe más que llorar; su madre gime sobre su pañal, abriéndole el cauce de los dolores.

Prefiero pensar que el llanto de la madre y del niño son como el silbido de la olla a presión que avisa que el guiso está listo. Y los guisos son succulentos.

El olor de esos cuerpecillos viscosos me emociona. Quisiera tenerlos conmigo en cuanto salen de mí, pero se los llevan, para la prueba del talón, para lavarlos, para que las madres sepamos que desde el primer segundo de vida nuestro sino será echar de menos a nuestros hijos.

Yo, por si acaso, sigo riendo.

Jimena. Vuelvo a ella. Vuelvo a ti, mi hija. No puedo verte. Pero sí sentirte. La noche y la soledad siempre han estado íntimamente enlazadas y son buenas compañeras de la confesión. La noche de Nueva York me asola y a la vez me arropa con los recuerdos.

Fuiste la segunda en nacer. Más rubia que tus hermanos, muy blanca, con los ojos muy achinados. Un regalo de 3 kilos y 600 gramos. El anestesista no llegó a tiempo, la epidural se quedó para el momento de los pespuntos y de los acicalamientos. «Pero no tengo dolores, doctor», le dije, «no se preocupe por mí»; estaba demasiado concentrada en traerla a ella a la vida, como si algo de lo que yo hiciera fuera a cambiar las cosas, como si poner toda mi alma en la tarea de traer a nuestra hija a la vida le hubiera podido devolver el pedacito de corazón que sabíamos que le faltaba.

Dormí sola en el hospital. Sólo había una silla de acompañante en la habitación y un cartel encima en el que se leía: «Se ruega no escupir». Creo que al leerlo mi madre y yo nos reímos. Nunca nunca se deberían perder las ganas de reír, ni en la antesala del infortunio.

Al caer la noche se fueron todos, me negué a que alguien durmiera en la silla de la habitación, en ese potro de tortura. Puedo ser muy tozuda. Supongo que en realidad quería estar sola. Y ver a mi niña. Tenía dolores por todo el cuerpo.

Vuelvo a las notas del cuaderno. Apunté:

Debe ser tarde. No puedo dormir. Llamo a una enfermera y le pido que me lleve a ver a mi hija. Me dice que no puede. La niña está en la UCI y no se puede entrar en la UCI a esas horas. Se lo ruego. «Tienes que descansar, bonita, lo ha dicho el médico.» ¡Pues que me den algo para dormir! Porque me tienen a pelo, muerta de dolores, o de pena, y con un Nolotil por todo remedio. Creo que lloro. Entonces me dice que espere. Se marcha y vuelve con un auxiliar, ¿es calvo? El hombre empuja una silla de ruedas. Me pide silencio llevándose el dedo a los labios. Me dice que me siente. Obedezco y me lleva a la UCI. Sólo un rato. Sí, sólo un rato. «Jimena, aquí estoy, soy tu madre, soy mamá.» Todo el tiempo sería poco, me dan ganas de decirle al

auxiliar. Pero me callo. Le aprieto la manita a mi hija: «Estoy contigo y todo irá bien, mi amor, escucha esta canción: il était un petit navire, il était un petit navire... Vienen muy pronto a por mí: «Cariño, lo siento pero estamos infringiendo las normas». ¡Malditas normas! Normas inmisericordes que impiden que una madre acompañe a su hija enferma, pero ellos cumplen con su también maldita obligación y les agradezco que me hayan regalado esos minutos. «Son mis ángeles de la noche», creo que les digo mientras me llevan a mi cama. Me traen unos cuantos Nolotiles escondidos en el bolsillo, parecemos una panda cutre de contrabandistas de estupefacientes. Me trago dos y me pongo a llorar. Pero con el llanto me duermo.

Por la mañana, por fin puedo sostenerla entre mis brazos, sin tubos ni cables. Me quedo con ella hasta que me obligan a salir de la UCI. La miro extasiada. Pasan las horas sin que nadie nos moleste. Las máquinas, las incubadoras y los respiradores artificiales producen un runrún de fondo al que no presto atención. De vez en cuando abandono su carita unos segundos para mirar a los otros niños enganchados, como ella, a un aparato gracias al cual pueden seguir viviendo.

Soplo cerca de sus oídos, siempre lo he hecho, soplar así, como si el aire de mis pulmones les fuera aún necesario, como si creyera que sin mi piel, sin mi sangre, sin mi tacto y sin mi calor, mis hijos se apagarían como una pequeña estrella en la mañana. Los apretaba contra mi vientre y contra mis costillas, les cantaba canciones muy cerca de sus rostros, como si por medio de mis nanas pudiera hacerles más fácil la tarea de vivir en un mundo nuevo para ellos. Amor embrionario, amor genético, amor venial. No está medido en ninguna escala métrica lo que cuesta sacarse a un niño de las entrañas. Y aunque cuando salen el vacío que dejan es enorme, resulta menos vasto y misterioso que todo lo que traen encerrado, escondido en cada puñito prieto. Sí, cuesta sacarse a un hijo, pero ¡qué bueno es verlos afuera! Fuera de mí, de la mullida y caliente carne interior que los protegía de los ruidos, del humo y de los días de tormenta. Mi hijo y yo, ahora dos seres viviendo el uno para el otro. Es como abrir la puerta a otra dimensión de tiempo, una escala de medida virgen en el universo. Tiempo lujoso, abrigado de la vida corriente, que no necesita de explicaciones porque todo el mundo respeta las no explicaciones de una madre que incubaba a su criatura.

Rororo... les canto, y es un estribillo que dura toda la vida. Un estribillo que acompaña la letra de toda una vida y que me alumbra, que me dice que ya no soy la misma que era antes de ser una madre. No sé explicarlo, o no con tanta seguridad como esas mujeres que salen en las revistas diciendo a coro: «Desde que soy madre ya no soy la misma que antes». Soy una madre que piensa las mismas estupideces que el resto de sus congéneres, pero que no sabe cómo describir eso que se hace fuerte, enorme, mientras miro, con gesto embobado, una de esas sonrisas angelicales que asoman en mitad del sueño de mi hijo. Esas sonrisas que me han llenado de interrogantes y de paz (no, no es imposible juntar estas dos palabras).

Cuando doy a luz, junto a mí ya no está solo el hombre al que quiero. Está también el padre de mis hijos, y así de solemne queda la cosa: «Señora, ¿es éste el padre de sus hijos?». «Sí, sheriff, éste es el padre de mis hijos.»

Me gusta verlo con los niños en brazos, ver cómo se agacha con los brazos muy estirados, las manos muy abiertas, mientras los levanta y los lleva lejos de sí hasta posarlos sobre sus hombros. Es muy tierno, las rudas manos que cazaron para nosotras, que cortaron la madera y tallaron la piedra, son las que agarran con un poco de temor el cuerpecillo de un niño, adorable pedacito trémulo de carne, mientras lo sopesan y lo escrutan en un gesto que encierra una delicadeza prehistórica.

Las mujeres levantamos a los niños con las manos más replegadas y los brazos en forma de cuna; doblando el espinazo, los llevamos directamente contra el corazón o hacia las caderas.

Madres-cuna.

Es difícil no chalarse con la mirada de un hijo durante esos primeros meses de vida; no ha habido un cielo más limpio que cuando clavaron sus ojos en mí la primera vez. Ojos aún sin color y vírgenes de expresión, en los que el amor sin embargo se nota. Se nota, se siente y se padece. Luego ese amor se transforma, se expandirá, pero siempre fuera de las leyes de la física y de la cordura, es como si necesitara para amarlos más cuerpo del que puedo darles.

El amor de madre es bastante irracional. O intergaláctico, como cuando nos decimos que nos queremos hasta mucho más allá que el infinito, como Buzz Lightyear.

Es ese amor infinito el que me une a Jimena, allí donde esté, en «una galaxia muy lejos», como me dijo una vez mi hija pequeña.

La muerte es una galaxia lejana. Bueno...

A mí me sorprendió sin que yo hubiera hecho planes para ella, pero ¿quién los hace con la parca, salvo los suicidas y algunos artistas?

La muerte. De una sentada o de una vomitona neoyorquina, he puesto negro sobre blanco todo lo que estaba perfilado y desordenado en mis apuntes del cuaderno verde. No es que tenga miedo a la muerte. Es que el dolor paraliza. Y es un dolor profundo. Cuando enseñé las primeras páginas de este texto, que son la vuelapluma del alma, algunos me dijeron: «Es mucho de golpe, no está equilibrado -como la carreta de los Bundren-, un lector no lo entenderá, lo rechazará». Pero es que para mí fue mucho de golpe y tampoco lo entendí. Y lo rechacé.

Esos días blancos, los del paso de la Tierra (y la Tierra era mi abrazo) a la galaxia lejana; aquella peregrinación o rito que alguien, ¿quién?, impuso a mi hija, me impuso a mí, nos impuso a todos, estaban atascados, o más bien emborronados en el paisaje de la costumbre. Se cobijaban tras una pantalla que lanzaba una luz triste y cegadora a mi corazón. Pero en Nueva York han visto otra luz. Y lo han puesto todo patas arriba.

Es bueno comprender por qué rechacé esos recuerdos. Hay que verbalizar la rabia. Los rechacé porque me atormentaba pensar que *dejé sola a mi hija en la UCI*. A un hijo no se lo deja solo. Nunca. Y yo la dejé sola. Inventaba todo tipo de artimañas, como dejar en su cuna una pequeña grabadora que contenía una cinta con mi voz y la de su hermano. «Mi niña, mi niña preciosa valiente y fuerte», le repetía, meciéndola con nanas de voz partida, nanas que le cantaba luego a su hermano por las noches para que la voz volviera a su sitio o no se quebrara del todo, *oe, oeeee, maateloot...*

Pero al terminar el turno de visitas tenía que irme. El maldito, asqueroso, inhumano turno de visitas que no permitía que estuviera junto a mi hija.

«Hoy la han vuelto a llenar de tubos», escribí. Los hubiera arrancado todos de un tirón de no haber sido porque sabía que le daban la vida que yo no

podía darle con mis abrazos.

Mi niña llena de tubos. En una asquerosa sala llena de máquinas. Ésa fue, sí, ésa, ésa ha sido, fue, es mi pesadilla de plomo, de granito y de hormigón.

Mi padre se saltó el maldito, asqueroso, inhumano turno de visitas para bautizarla. Trajo agua del Jordán en un bote que le dio una amiga. No podía entrar en la UCI porque «sólo se autoriza la entrada a dos personas a la vez», pero a él le trae al fresco lo que le diga una encantadora enfermera o lo que indique un cartel cuando tiene algo entre ceja y ceja, así que se coló para bautizar a su nieta. Y para conocerla.

Junto a nosotras había un niño con una malformación en el cerebro. Su familia vivía fuera de Madrid, los padres estaban alojados en un piso de acogida, «pero sólo hasta la operación de nuestro hijo, luego nos iremos con él».

Unos días más tarde la cuna amaneció vacía. Aún los veo acercarse por el pasillo, apretados el uno contra el otro. Querían despedirse de mí. Regresaban a su casa. Solos. Sin el niño. Y me dijeron: «Hemos pedido para que al menos tú vuelvas con Jimena a casa». Esa noche no dormí, pensando en ellos. Era mi manera de pedir por ellos. Y luego juré, como Escarlata O'Hara, que no volvería sola a casa, como esos padres.

Y seguí con el maldito turno de visitas, y con el corazón roto por tener que dejar a mi hija sola en esa cuna de metacrilato.

Creo que repetí mucho la palabra *maldito*. Y lo sigo haciendo.

Operación de Fontan. Alargar la aorta. Cambiar el recorrido de la sangre. ¿Por qué no puede llover hacia arriba? Maldita física.

«Estoy harto de que esos niños se mueran en la mesa de operaciones, lo siento pero ya no puedo operar más casos como esos», nos dijo un médico veterano, en el séptimo mes de embarazo.

La honestidad es la primera muestra de valentía.

Dos días después del fatal diagnóstico, fuimos a buscar al Doce de Octubre a Comas y a Galetti. A nuestros superhéroes de bata blanca.

Una operación muy larga. Ocho horas. Pero teníamos a Comas y Galetti, la pareja de jóvenes valientes médicos luchando por dar un paso adelante por la ciencia. Y por salvar a nuestra hija.

Comas y Galetti, con sus antifaces, porque eso fue un cuento, un cómic o una película macabra. Cerraría las tapas del libro, daría al botón de *off* y todo terminaría.

La familia y los amigos se relevaron para no dejarnos solos. Había momentos en los que éramos muchos. Muchos para lo malo y sobre todo para lo bueno.

En el quirófano estaba el marido de mi prima; un médico en la familia es como un amigo leal en la corte de los milagros. *Jimena, no estás sola, está Cale, él es bueno, él te sujetará la manita que yo no puedo sujetar.* Ocho horas. Diez horas. Y ahí seguían nuestros superhéroes, luchando contra el mal.

Oscureció. Salió alguien del quirófano. «La niña lleva mucho tiempo con el corazón fuera del cuerpo», oía que decían. ¿Cómo puede tener mi hija el corazón fuera del cuerpo? Lloré. Lloro. Ahora leo, veo, asumo lo que decían los ojos de Cale, lo que entonces no quería creer.

Esa mirada dolorida pero honesta me ha ayudado luego a asumir las cosas. Y los gestos de unos y de otros. Como el de Carmen, que se levanta de la silla, se remanga: «Ven conmigo, que esto lo vamos a solucionar ahora mismo». La sigo, ¿subimos o bajamos?, no importa, me dejo llevar, a donde sea. Estamos en la capilla del hospital. Es fea. Dios que me da y que me quita en la misma asquerosa jugada maestra, como el mago Houdini pero sin una pizca de gracia, y eso sí, con la maestría de siglos y siglos de jornadas continuas y de horas extra: una niña por aquí, otra por acá, ¿la ven?, ¿no la ven? Tacháaan, ¡desaparecida! Abracadabra, yo soy El Mago que juega con las ilusiones. Pero mis ojos no son, en ese momento, ¡maldita sea!, no eran, no querían ser, los de la niña que mira ojiplática buscando el truco imposible de esa magia en la que cree con una fe ciega; mis ojos lloraban y se preguntaban si Dios sólo escucha en suelo sagrado, entre paredes que huelen a desinfectante y a plegaria de enfermo. ¿Es que no me escuchaste cada alba, cada noche en vela, cada llanto, cada puñetero día que se confirmaba el diagnóstico? Sí, ¡claro!, reconozco que no te llamé, que no te pedí nada, pero ¿no estabas ahí siempre, entre los pucheros, en el cantar de los pajarillos y en el biberón huérfano de los labios de mi hija?

¡Oh qué desesperada estaba! Mientras rumiaba mi enfado, Carmen hablaba con su madre, la recuerdo bien, mirando al techo de esa horrenda capilla, sí, era horrenda, cuando ahí afuera el cielo tiene estrellas, ojos de huracán y lunas

de abril. «Mamá, tú vas a cuidar de ella, tú vas a hacer lo que sea para que Jimena esté bien, mamá, no me falles», le decía Carmen a su madre, a la abuela de mi hija que nunca conocí. Agradezco sus palabras. Y sus plegarias. Siempre lo haré. Pero ese día, a esa hora, pensaba que estar en esa capilla no me consolaba; y pensaba y pienso que esa religión que me enseñaron, en la que se cree para encontrar consuelo y refugio, pero también por miedo -miedo a lo desconocido o a los demás-, pensaba, y pienso que esa religión que me enseñaron no me traía consuelo y, lo que es peor, no me parece que vuelva más noble el misterio, sino que lo vela cuando se refugia en sitios feos como lo era aquél. Yo creo en el consuelo que traen o traerán los cielos plagados de estrellas, las lunas de abril, las manos amigas y las palabras de los vivos que, aunque no me gusten tantas veces, suenan con más proximidad que las traídas del más allá. Mi liturgia es la del rostro que me mira, y la de las huellas del abrazo.

Subimos donde estaban los demás. Y de nuevo enterré mi enfado.

Catorce horas duró la agonía. Los superhéroes se retiraron las máscaras y los hombres que emergieron me dijeron: «No hay nada que hacer». Podrían haber dicho: «La niña ha muerto», pero creo que dijeron eso: «No hay nada que hacer», o «No podemos hacer nada más». Sus miradas decían el resto.

Fin del cuento. *Off.*

Mi hija murió pasados unos minutos de las doce del 26 de abril. En la madrugada del 27.

Recuerdo los brazos de mi padre. Y los de mi madre.

También los tuyos, mi amor, es tu madre, quiere a nuestra niña con ella, a su nietecita, y se la lleva. Se la lleva el día de su aniversario para que sepas que la va a cuidar, y porque allí no hacen falta agujas, ni medicinas, ni aortas nuevas, no hay pasillos gélidos, ni horas de espera. Tampoco el asqueroso runrún de las máquinas.

27 de abril. Y ya. 27 de abril, y *no hay nada que yo pueda hacer por ella...* me repetí, o escribí, o imaginé que me decían, pero ésa es una canción muy triste para una madre. Que mi niña subiera al cielo, todavía..., el cielo es mucho mejor refugio que una horrible sala de hospital, y el pecho cosido seguramente se lo habrán remendado con primor ángeles verdaderos. Pero ¿y mi pena? Mi pena se quedó en la tierra. Váyase a paseo, señor Yeats, mi hija murió por culpa de sus versos, porque los poetas necesitan el dolor para su poesía, y a lo mejor yo también para mi literatura. Mierda de ego. Pues aquí está mi corazón, les grité en silencio, haced lo que queráis con él, pero no me quitéis a mi hija, ella no es un regalo de cumpleaños para los que ya se fueron. El runrún de las máquinas no era el de su corazón, era el de mi pulso, me lo arranqué para dárselo a ella, para que viviera con él.

¿Qué pasó luego?

Son recuerdos turbios. La gente me abrazaba. No veo nada. La gente me abraza. Es mejor que sea así. No veo nada. No oigo nada. Lo único que quiero es que mi hija viva. Oírla a ella. Verla a ella.

Es mejor así, me susurran, me susurraban, o quizás fuera otra parte de mi yo quien repetía: *es mejor así, así, así... Es mejor, mejor, mejor así...* El rap del consuelo.

Pero ¿acaso alguien sabía qué quería yo?, o ¿qué era mejor para mí? Nos enseñaron muchas cosas y a veces se equivocaron igual que yo me equivoco cuando creo que enseño a mis hijos y sólo les aprieto las muñecas y el deseo con mis cadenas. Nos atamos unos a otros torpemente las emociones y el ADN

se nos enmaraña con los cubiertos de pescado y ya no sabemos dónde verter una lágrima, si en el lavamanos o en la palma de la mano. *No puedo estar sola, quiero llorar y gritar* fue mi lamento secreto, pero me refugié en esta otra letanía: *cuánto necesito a los otros a mi lado*, y obedecí a los abrazos y a la letra del rap, y en una nube de luz lechosa se quedó enterrado mi enfado. Mi cabreo enterrado con mi hija a cambio de una ofrenda de lágrimas en un recipiente de plata. Y ahora, años más tarde, es mi cabreo el que ha resucitado, y me habla, aquí, en la noche oscura y silenciosa de Nueva York, lejos de los míos, y me trae el grito que no di, ese grito enterrado en la garganta. El dolor no puede sepultarse entre abrazos y ofrendas. El dolor reclama sus palabras y sus gritos, su espacio de soledad y su música, y no un rap de mierda.

Recuerdo a los médicos diciéndome: «Tiene que despedirse de ella» (eran italianos, o uno lo era, y las formas cargadas de distancia y de respeto eran perfectas para esa película surrealista). «Ya puede usted despedirse de su hija. Para siempre, señora. Por supuesto, tómese su tiempo.» Despedirme de mi hija, con la que sólo había podido estar unos días... Señora. Si tenía veintiséis años del siglo XXI... ¡Qué cosas me pedían ustedes, señores!

Nos acompañaron por pasillos largos hasta una gran sala. Mi hija, descansando como Blancanieves en su ataúd de cristal en el claro del bosque. ¿Y dónde estaba el príncipe que vendría a despertarla? Nada de príncipes. Sólo un beso, el de dos bocas temblorosas, padre y madre recogiendo el dolor en una nube de polvos de talco helado. Gélido. Las salas de la muerte están conservadas a menos grados que el dolor.

Ya no podré olvidar su pequeño cuerpo blanco. Sí, hay un color para todo.

Los médicos miraban sin saber qué hacer. Se supone que están acostumbrados a esto, pero ¿quién se acostumbra a la muerte de una niña que acaba de llegar a esta vida?

Creo que nadie. Y eso que muere un niño cada diez segundos.

No dejé que la llevaran al tanatorio.

Basta de peregrinar por sitios horribles. La dejamos en el hospital y de ahí la llevaríamos al cementerio.

A media mañana de ese 27 de abril, levanté su diminuto cuello y, como si colocara una alianza para toda la vida, le colgué una medalla. «Sería una pena enterrarla con una medalla ¡de oro!», me dijo uno de los encargados de la funeraria. No lo miré. Ni le dije que me hubiera gustado ponérsela muchas más veces, para un cumpleaños o para Navidad, y quitársela de regreso a casa, guardarla en la cajita «para que no se pierda, que te la han regalado tus padrinos y te tiene que acompañar toda la vida, ¿verdad, mi amor?, toda la vida...» Es lo que le decía a su hermano. Pero esas palabras sonaban horribles, porque ella ya nunca las podría oír.

«¿De verdad la va a enterrar con la medalla de oro?», insistía el intruso. «¿Y a usted quién le ha dado vela en este entierro? Es el regalo de sus padrinos y se irá con su medalla y esa cadena ya para siempre demasiado larga.» «Bueno», me contestó el hombre, resignado, y cerró el ataúd. Me dieron ganas de mandarlo al Museo Arqueológico o a Egipto para que viera allí las tumbas de los faraones. Mi hija es una princesa. Y se fue con su oro al más allá.

Y a mi princesa la recibirá Anubis con su oro y con su manto de plumón.

Una lápida, una fecha y dos nombres grabados en la piedra, porque sólo la muerte levanta acta eterna del día que nos arranca de la tierra de los vivos.

La mañana no debió ser fría, porque nadie me obligó a coger un abrigo. Había sol.

La nieta y la abuela descansando, juntas, bajo una preciosa encina guardiana. Una encina enorme que ese día se peinó para estar más guapa, nunca la he visto tan guapa como aquella vez. Me lo dijo mi padre, que la señalaba, mirándome y rastreando entre ramas y brotes la alegría, que a su hija le habían hurtado. Pero no me hurtaron la alegría, nadie lo hará, tengo como tarea en esta vida ser feliz. Si arrecia la melancolía hay que tratar de darle alegre vasallo. Lo que tenía ese día era sólo legítima tristeza que pesaba, lo recuerdo bien, como el corcho de todas las encinas del planeta.

La encina lloró perlas, lloraba conmigo.

La encina la vela, vela. La encina la está velando.

Vino mucha gente, pero no recuerdo a nadie. Escribí:

Tengo una flor en la mano, es una rosa colorada, una rosa bien fea, ¿quién me la ha dado? Parece artificial, me gustaría tener una rosa de verdad, de un color indefinido, con vetas verdes y con los pétalos abiertos y un poco mustios. Una rosa antigua con olor a día nuevo.

Pero me tuve que conformar con esa flor roja y fea que tiré a la fosa. No importa, como dice un poeta japonés, hay un crisantemo en lo más profundo del bosque. Y mi niña lo verá siempre.

Después de la muerte de Jimena escribí poemas. Eran poemas malos pero necesarios porque me acercaban a ella.

Escribir fue una necesidad y lo sigue siendo.

Soy madre y escribo. A vivir con ello.

Lidio con la Causa: esa soberana que no obedece más que a sí misma, que no responde a ningún orden lógico (sólo el orden de su propio estómago caníbal), y con la Vida: lo que ata a la tierra y puede ser tan reconfortante como deplorable: comer o ser la comida, dar una caricia que alguien reclama, revisar una cabeza llena de piojos, llenar una nevera, besar al amor, colocar un termómetro, decir aquí estoy, aquí estoy, aquí estoy... Aquí estoy, hasta la extenuación.

Cuando era niña, mi madre nos amenazaba a mis hermanos y a mí con marcharse a París con esta frase horrible: «Si os portáis mal me voy». La idea me parecía aterradora, pero lo cierto es que yo también he fabricado mi propio París. Tengo un París secreto y alejado de la vida obligatoria en el que puedo parir historias; igual que dentro de mí viven los tejidos y las células que formaron los óvulos que fecundados trajeron al mundo a mis hijos, e igual que ha prosperado en mí la paciencia con que he alimentado a la madre de esos hijos, también en mí viven las quimeras, la fantasía, los gritos y la intuición -y no sé qué más cosas viven en mí- que hacen que yo quiera llorar mis palabras, estamparlas contra la vida como se estampa el vaho sobre el cristal frío.

Es el misterio de la creación gracias al cual he parido a cinco criaturas reales y a otras tantas que sólo lo son en un universo tan precario y poderoso como es mi imaginación.

«¿Mamá, no te aburres de escribir tanto?»

No, no me aburro.

Lo que no puedo contestarles a mis hijos es que tantas veces me he aburrido de ellos. De su presencia, porque en mi corazón lo ocupan todo. Y eso, más que aburrir, cansa. Agota. Que a una le sorban el corazón como si fuera el fondo del *milk shake* o del *Banana Split* que compartimos la otra

tarde.

No, no me aburro de escribir, hijos. Porque cuando escribo vivo en la ilusión de no ser madre, de no ser mujer de nadie, ni hija, ni hermana. No soy los ojos que miran como un robot las hileras atiborradas de galletas, de latas de tomate o de champú; ni la mano impaciente que remueve el agua de la bañera para templarla. Cuando escribo soy la mujer que sabe que a veces la sangre se vuelve sólida, la saliva dulce y que las lágrimas también lloran hacia adentro y eso es tan enorme que a veces se convierte en el único motivo, en la única razón. La única razón, si no fuera por vosotros, hijos, que estáis ahí, reclamando mi presencia. Siempre. Tanta más de la que creo que puedo daros. Pero os la doy, con mi cansancio, con mis lágrimas, con mis frustraciones, hasta con mis ausencias. Y por encima de todo: con mi Amor.

Leer y escribir son verdad en mi vida. Tan verdad como ser madre.

Pero a veces ni escribo. Ni leo. Sólo estoy. Y hago. Y en esos momentos sigo siendo madre. Es algo que ya no puedo evitar. Y a veces me asusta.

Escribir para buscarse de vez en cuando en el pasado. Es bueno hacerlo, más cuando se es madre. Sólo así nos podremos dar cuenta de que tantas veces reprochamos a nuestros hijos actitudes que son parte de nuestro patrimonio biográfico.

Me busco entre las fotografías de los álbumes familiares y entre las que pueblan los muebles y las paredes de la casa familiar. Recuerdo una, sobre la chimenea del cuarto de mis padres, que siempre me ha gustado ver ahí. Debo de tener días; con su mano, mi padre sujeta mi cabeza y me da un beso. Ese beso es un fósil en mi mejilla.

Hay partes de nosotros que quedan atrapadas en las voces de otros (o en sus ecos) y en los sonidos que una vez se pegaron a la médula o al alma. Dificilmente se olvidan. Mi madre silbando y mi tío abuelo el cura diciéndole que silbar es de cuadra. Yo también silbo, así que debemos ser de cuadra las dos, y eso me gusta. Los cascos de las yeguas sobre el asfalto terroso de Esles. El sonido del dalle y el crujido del biello. El Dos Caballos del cartero subiendo la cuesta de casa de mis abuelos, allí en Francia, y el repiqueteo de las campanas de la iglesia, con su fachada coqueta y aquel primor de guirnaldas. El choque de las bolas de billar, las risas graves de mis tíos y el sonido del roce de la tiza azul en el taco de la caña. El crujir de las ramas en el silencio de nuestro cántabro bosque de hayas que me recuerda que siempre he vivido rodeada por osos y por gamusinos... Y la voz severa del profesor de física del Liceo Francés repitiendo cual letanía: «Ça n'a aucune espèce d'importance».

Me llevo las manos a las sienes. Busco aquello que ha sobrevivido a los vaivenes de las vidas posteriores. Destellos de vida que anidaron un día dentro de mí y que ahí siguen, agazapados, hasta que surgen, inesperados, un brillo repentino y emocionante como el de los huevos de Pascua brotando entre el musgo y la corteza del jardín de mis padres. Los guardábamos en cestas, grandes y pequeños, de chocolate o decorados por mi madre y por mis primos. Ahora, mis hijos siguen pintándolos con su abuela, todavía persiguen ese brillo. Perseguidlo toda la vida.

Y los olores. El olor a alcantarilla y a comida de Nueva York forma ya parte del patrimonio olfativo de mis hijos. También el de los cerezos y los *prunus* en flor. Yo no olvido el de las cuadras y el de la *moñiga*, con eme porque así se llama en mi pueblo; ni olvido las manos callosas de Luz, que nos enseñó que Dios nos había dado los pies para andar y las manos para comer, así que «*niñu*, come las patatas con las manos, que están más ricas». No he probado patatas más sabrosas, ni peor leche que aquella, recién salida de la ubre caliente y apestosa de sus vacas. Si dejaran de existir las vacas yo no podría quitarme el olor ácido de cuadra ni el sabor de la leche templada recién ordeñada que tanto detestaba y que no he vuelto a tomar desde hace *una pila* de años, que es como se cuentan en mi pueblo los años.

A veces soy el viento con olor a verde recién segado que rasgaba nuestros mofletes secos y helados mientras bajábamos con la pandilla de primos los *pindios* del Hayal a la carrera. Hoy beso ese viento frío en vuestros mofletes, hijos.

Recuerdo mi cama barco de madera, a mi hermano en la cuna de barrotes en nuestra casa de la calle Zurbano, y a mi abuelo materno regresando una noche a la casa de Toulouse, estaba sentada con mis primos en un sofá color vino con rayas blancas, oigo sus pasos subiendo la escalera y su voz, esa voz a la que soy incapaz de adjetivar pero que está ahí, en la trastienda de mi memoria. Mi abuelo era un genio, y mi madre es la madre que me limpió aquella brecha en la frente una tarde después de volver del parque: mi hermano y yo corríamos por un murete de los Nuevos Ministerios (no sé cómo se llama ahora), éramos un tren que pipiiii chucuchuchu... ¡plaff! descarriló. El día era gris, olía a invierno y luego a mercromina, también a mi llanto dulce, mientras mi madre me curaba, yo de pie sobre el retrete y nuestras caras en el espejo. Era la madre más guapa del mundo. Y yo también lo soy, porque mi hija lo escribió el otro día en su poema del Día de la Madre. En Estados Unidos, el Día de la Madre es el segundo domingo de mayo. En mi casa siempre se dijo que eso es una tontería, un gancho de los grandes almacenes. Pero con niños pequeños es un día especial, porque ellos no entienden de grandes almacenes ni de campañas publicitarias. Ellos han estado en el colegio trabajando para hacernos un regalo. Así que para ellos el Día de la Madre es: esforzarse, poner su empeño en un regalo, esperar al momento en que su madre lo abrirá y dirá que ese regalo es la cosa más bonita del mundo.

Este año he recibido dos poemas y una flor. Una flor preciosa, de papel pinocho, que grapé en el bolso para presumir de flor y de hijo.

Los poemas se titulan igual: *I Appreciate My Mum*.

Mis hijos me aprecian: *porque eres la más guapa, porque me quieres, porque cocinas bien, porque me compras cosas cuando las necesito, porque me ayudas a hacer los deberes, porque me dices «tú puedes hacerlo», porque el otro día me puse malo y me llevaste al hospital a las cuatro de la mañana.*

Nuestras vidas son también todas estas historias o historietas, poemas de niñez, cuentos, mentiras, medias verdades y colores. Mi tío abuelo el cura siempre fue blanco y gris, y un poco amarillo. Mi madre, rosa, y a veces verde, alguna vez marrón, pero creo que eso era cuando se iba a París y nos dejaba con mi padre. ¿De qué color seré yo para mis hijos? El desván de casa era también marrón o puede que negro y la lluvia azul, así de obvios, pero yo a veces soy muy obvia. Nuestra casa de Madrid era naranja y los días de colegio una mezcla de rojos y amarillos. La anguila que se me escurrió entre los dedos en el río Ruda (que para nosotros no era un río de Cantabria, sino el río de Tulina, la vecina que nos daba vino y nevaditos, las mejores pastas del mundo porque no las había en casa) era negra, el río era verde y plata, y el agua en el momento en que la anguila se fugó era marrón y transparente a la vez, aunque parezca imposible.

Pero el cerebro es también un tirano que no me permite olvidar episodios como el de mi hámster *Dixi* zampándose a algunos de sus hijitos. Tendría diez años. Unos días después vi a *Saturno devorando a un hijo*. Goya era un señor importantísimo que me decía que los adultos se comen a sus hijos. Como mi hámster. Tuve miedo de Goya. Y de mis padres. Pero el amor filial es el de la sangre, el de la piel, el de los instintos, y por muchas atrocidades que veamos, éstas siempre serán excepciones. O animaladas. O mitologías. Aquel día en El Prado me acerqué a mi padre y busqué el refugio de su mano grande y huesuda. Eso sí, Goya siguió dándome miedo muchos años más.

«¿Por qué los animales no viven en familia como nosotros, mamá?», me preguntaron un día los niños, mientras éramos testigos del parto de una vaca en medio de un *prao* cántabro.

«Porque nosotros no somos igual que los animales.» Porque por debilidad o por suerte, no somos lobos esteparios que deambulan como si los vientos hubieran borrado sus raíces, como si la fuerza del seno materno tuviera

caducidad. Tenemos un pasado. Y tenemos historias y recuerdos.

Hijos, no sé qué recordaréis de mí. Pero sabed que también fui niña.

Los recuerdos me llevan a la misa de gloria que organizaron los abuelos para su nieta. Para mi hija. Que en gloria esté. Pero ¿qué hay más glorioso que el abrazo de una madre? Bueno, pues algo habrá. Las madres somos terribles, a veces.

Llevé un traje gris perla, y me pinté los ojos de rosa.

Por mi herida desbordó el romance de un poeta que a mí ni fu ni fa, lo siento, señor Pemán, que me parezca ni fu ni fa, y sin embargo usted escribió un romance desde el que di forma a mi dolor. Lo leí aquel día, ante esa reunión de rostros compasivos, y cambié su romance, señor poeta, ¡oh sacrilegio!, sí, lo cambié y ahora es el mío, más imperfecto, pero mío:

Una hija es como una estrella | a los lejos del camino: | una palabra muy breve | que tiene un eco infinito. | Una hija es una pregunta | que le hacemos al destino. | Hija mía, brote nuevo | en mi tronco florecido, | si no sé lo que será de ti | cuando me haya ido: | si no es mío tu mañana, | ¿por qué con tan loco orgullo, te llamo hija mía?, | ¿acaso es mío el mañana?, | ¿acaso es mío el destino?

De vuelta a casa quería a mi hija. ¿Dónde está?, le preguntaba a la luna, al techo frío de mi habitación, a los barrotes de la cuna huérfana y a las sábanas de percal.

Estaba agotada. Sólo quería dormir y querer a mi marido con las fuerzas que me quedaban. Eso escribí en mi diario: *Nos vamos al Sur, a Sevilla, necesito quitarme el olor a hospital. El jazmín se me mete en la piel. Hacemos el amor* (luego he sabido que el deseo sexual es un antídoto contra el dolor; en realidad, cualquier forma de deseo actúa como fuerza sanadora. Y yo estaba enferma. Enferma de dolor. El deseo sexual era un modo de salir de la vida, de estar con otros, de hablar, de vivir). *Dormimos. Dormimos jornadas de doce horas.*

De aquellos días he conservado en la memoria el bálsamo del jazmín. Así huelen mis perfumes. Y a lirios. También a nardos y a flor de naranjo.

Condujimos hasta Tarifa. Paseamos por la playa desierta. ¿Qué hacíamos en Tarifa? No importaba donde estuviéramos. El mar me tranquilizaba.

Discutimos. No recuerdo por qué. Quizás fuera el miedo, miedo mío a asumir que era el centro de la vida de otros. Miedo al peso del dolor. Miedo a ser todo para mi hijo, que me esperaba en casa. Una brújula sin norte magnético de poco sirve.

Y para una madre, la espera de un hijo pequeño en el hogar no es precisamente sinónimo de tranquilidad.

Volvimos a casa, donde estaba la vida. La vida era Joaco, mi niño, no sé cómo entendió lo que pasó, sólo tenía tres años. Pero «hay cosas que siempre tienen una explicación», me dijo una amiga, «y que todos debemos comprender, hasta un niño»

Tenía que hablar con mi hijo.

«¿Entonces, mami, Jimena no va a venir a casa?»

Hay que explicarles la verdad, aunque sean niños o porque son niños. Hay que tener valor.

Eran muchos *hay que* para alguien en mi estado.

«Pero entonces ¿Jimena no va a volver nunca más?» Los niños no se cansan hasta que no se les da una respuesta.

No, no va a volver.

«¿Nunca más?»

Nunca más.

Pero ahora la tengo en el recuerdo y aunque no me crea esa patraña universal de que soy mejor por ser madre, sí creo que soy mejor por todas esas cosas que son como las cuentas de mi rosario: la carita, los veinte días, el manto de plumón, las perlas de encina y los mimos de mi hijo.

Time goes by. Siempre me ha resultado preciosa la sonoridad de esa expresión. Es cierto, el tiempo pasa, nos dice adiós y es bueno aceptar sus adioses, sobre todo cuando es para cuidar a los vivos y dejar en paz a los que marcharon a la eternidad.

Se me caen los ojos de sueño. Están mojados por las lágrimas. Pero no importa. Es muy bueno llorar cuando se tienen motivos. Es un descanso. Y más hacerlo en horas en las que no levantamos ni sospechas ni compasión, cuando acaso sólo molestemos a los sonámbulos por culpa de algún suspiro desobediente que se escapa por una ranura de la ventana y viaja donde no debe.

Un poco de la pena que me lastraba se ha quedado en el cielo lumínico de Nueva York.

La ausencia de mi hija es ya la única manera que me queda para vivirla, y me he conformado con eso, aunque a veces sea jodidamente duro conformarse.

Pero de poco me sirve vivir anclada a un lamento; tengo cuatro hijos a los que seguir cuidando. Ése es el lema que debería lucir con letras de oro en el frontispicio de la Humanidad: SE CUIDA DE UN HIJO POR JUSTICIA UNIVERSAL. Todos fuimos cuidados, o deberíamos haberlo sido. Y si no cuidamos a un hijo, cuidaremos a un padre anciano, a un amigo, a un árbol o a un gusano de la morera.

La madre que sea para mis hijos dependerá de mis cuidados. Y de mi escucha. Por eso me aterra caer en la inercia de dar por hechas las cosas. No oír. No entender. No saber qué significan las palabras de mis hijos. O los ruidos, como el de sus piecitos fríos en el suelo de la cocina, los pasitos por el pasillo, y ese «mami, tengo miedo».

Aquí estoy, hijos. Soy vuestra madre. Mirad mis ojos también temerosos, que tantas veces no saben ocultar. Aquí estoy. Aquí estamos. Vuestro padre y yo, y un reto inquebrantable: que las palabras que nos digamos tengan un sentido, aun cuando sabemos que nuestro léxico emocional está fermentado en distintas épocas.

Aprenderé a agarrar al vuelo vuestras palabras, como si cazara mariposas.

Nuestras palabras serán fichas que colocaremos sobre un gran tablero, el de ese rompecabezas que no ha hecho más que comenzar a componerse. El mismo en el que jugamos vuestros abuelos y yo, y que lleva toda la vida componiéndose, a trancas y barrancas. Pero siempre con amor.

«¡No mientan a sus hijos! ¡La realidad ya es suficientemente interesante como para tenerles que contar fábulas!», proclamaba el otro día en el *New York Times* un gurú de la ciencia que seguramente cree que para un niño de seis años es más lógico e interesante creer en el número pi que en Papá Noel.

Pero ¿quién ha visto el número pi?

Yo quisiera recuperar con ellos los paraísos abandonados, la sorpresa que los años van amustiando, porque una boa que se ha comido a un elefante es infinitamente más apasionante que un simple sombrero.

Sí, el cielo está lleno de cumulonimbus y Papá Noel no se tira por las chimeneas del mundo entero cada 25 de diciembre, pero desde que se formara nuestro universo, el firmamento lo han cabalgado veloces caballos y desde el principio de mis días yo y mis hijos hemos visto el trineo de Santa Claus atravesar la misteriosa y mágica noche navideña.

Palabra de madre.

Toda la casa tiene grandes ventanas que recogen la luz que es sangre, savia y oxígeno. Desde el salón la vista se estampa contra los *brownstones*, esos pequeños edificios de tres o cuatro pisos de ladrillo ocre, a veces pintado de colores, y en cuyas fachadas cuelgan las míticas escaleras de hierro para incendios sacralizadas por algunos maestros del cine. Los rascacielos asoman por detrás, pero no en hilera, están separados entre sí, y alejados de la casa. No hacen sombra ni a la calle ni al cielo. Así que hay como un gran hueco de luz sobre nosotros. No es una plaza, pero lo parece. Es por donde el puente de Queensboro entra en la isla. Queensboro era el puente de *El Gran Gatsby*. Ahora es también el mío. La vista me encanta. El teleférico que va a Roosevelt Island cruza por encima de nuestra ventana. Por la noche parece un ovni. Nos gusta a todos.

Una noche mientras cenamos y el sol se pone, mi hija Gabriela exclama con una enorme sonrisa: «¡Mirad qué cielo, es precioso, es azul eléctrico!». Miro por la ventana y ahí está, el cielo nuclear de abril. Me acuerdo entonces del libro que mi amigo Álvaro me recomendó apenas unos días antes, se titula *Blue Nights*, lo escribió Joan Didion unos años después de la muerte de su hija. En el primer capítulo, que es de una estremecedora hermosura, habla de esas noches azules de Manhattan:

[...] te encuentras buceando en el color azul: al principio la luz es azul, pero a lo largo de una hora ese azul se vuelve más profundo, más intenso, incluso cuando se oscurece y se difumina, y finalmente se acerca al azul cristalino de un día claro de Chartres, o al de la radiación emitida por las barras de combustible en las piscinas de los reactores nucleares de Cherenkov. Los franceses llamaron a esta hora del día «l'heure bleue». [...]. En las noches azules, uno piensa que el final del día nunca llegará.¹

Qué belleza.

Pienso, con asombro, en las coincidencias que tiene la vida: he leído *Blue Nights* en el momento oportuno y Joan Didion me ha descrito mejor que nadie esas noches azules de Manhattan en las que no había reparado antes. Lo ha hecho a través de su relato de madre herida, mientras yo me curo con el mío; y

ahora mi hija me está enseñando a ver esas noches con su asombro. Con su sonrisa. Y pienso que la vida es generosa.

El día es frío. Estampo mi aliento contra los ventanales mientras observo cómo se nublan la farola, el coche y el transeúnte. Mi aliento de mujer es diferente al de madre. El de madre es el vaho tras el que camuflan mis hijos su ciego amor, pero sé que llegará el día en que detecten que el dulzor se volvió ácido, aparecerán entonces para ellos las formas reales de la vida, igual que lo hace la silueta nítida de las farolas y la de los transeúntes mientras se evapora la mancha del cristal.

El aliento ácido de una madre es la puñalada que recibe el niño y que sólo el adulto que vive en ese niño puede vendarle.

Los besos, en cambio, son aliento hecho flor en los labios. Son necesarios. Presencia pura. Fósil y huella de amor, y a veces, muy pocas veces, herida de amor como nos cuenta Proust en *Du côté de chez Swann*, que es una novela necesaria para hablar de estos besos de niñez. Lo cree también Eloy Tizón, que en un cuento que se titula «Merecía ser domingo» se ha adelantado a mi reflexión (dichosos escritores que escriben mejor, que lo saben todo, que son más listos, ¡no!, no pienso leer nada más mientras escribo, con lo que me cuesta buscar mi voz, emanciparme, malditos dioses, pero está bien, me rindo, señor Tizón, usted lo ha dicho mejor, así que me limito a transcribirlo):

Los besos son importantes. Por culpa de un beso de buenas noches denegado por su madre cuando era niño, Proust teje toda una neurosis familiar en forma de novelón asmático, policromado, que en el fondo es todo él una indagación detectivesca alrededor de los besos furtivos o fantasmales, de los besos no dados o no recibidos o dados y recibidos a destiempo o a las personas equivocadas. Hay un trastrueque de cuerpos y soledades circulando por la novela de Proust, alguna de cuyas páginas a veces refracta la luz como un vaso facetado. Una novela policiaca sin crimen en la que todas las pruebas acusatorias se encuentran en el vagón de cola. Lejos. Besos con sabor a magdalena mojada en té de lágrimas o besos con sabor a playa normanda o besos de bocas de niñas, acatarradas, en un permanente carnaval de celos y de labios. En el paréntesis de un beso no pronunciado el mundo, de repente, deja de llover o se hace música y duele.

Triste pero forzoso es admitir que los besos no recibidos han hecho más por la literatura que los besos recibidos.

En el beso que le da un padre a su hijo está codificado el ADN de la humanidad. Estoy tan segura de que eso es así como lo estoy de que en los besos no dados están codificados los fracasos. Por eso he llorado los besos que no pude darle a Jimena. He llorado el tormento de dejarla sola en esa cuna de metacrilato. Le llevaba una toquilla con el perfume que nos regaló mi amiga Eleonora y que se llama Petite Chérie; fue un detalle precioso pensar en un perfume con ese nombre para nosotras, pero ella siempre tiene esos detalles preciosos. Desde entonces sigo utilizándolo y prometo levantarme en armas si por motivos comerciales deciden dejar de fabricarlo. Huele a flores, a algodón y a rizos rubios con caramelo, los rizos que iba a tener mi hija de ojos achinados y los caramelos que yo le compraría. Rociaba su rostro y la toquilla que acercaba a su carita, y la sábana. El mismo ritual todas las mañanas, y todas las tardes, antes de marcharme y de dejarla sola.

Fue el perfume de mi hija y seguramente fue mi aliento durante esos días. Y mis besos.

Sandy es nombre de mujer

A veces parece que obra el milagro y el tiempo se detiene. Ayer, domingo, a las siete de la tarde, dejó de funcionar el transporte público, la ciudad ha cambiado de semblante: donde había ruido y prisas, tan sólo queda una inquietante tranquilidad, calma chicha... Hospitales, Wall Street, colegios, comercios, todo está cerrado. No queda sino refugiarse en casa. Han evacuado a miles de personas en ciertas zonas de la costa. Los niños me preguntan dónde irán los mendigos. Les inquieta sobre todo la mujer del loro que pasea bajo el puente de casa, y su vecino que pide porque «para no pedir ya están otros» (eso reza el cartón tras el que se parapeta). «Bloomberg se ocupará de ellos», les digo. Luego hay que explicarles quién es Bloomberg. Y supongo que, abrigados en casa, les toca procesar a su manera conceptos como devastación y desigualdad.

Hoy la naturaleza manda más que el hombre. Y la rutina se ha quedado vacía mientras esperamos a Sandy, como si estuviéramos en una película de alto presupuesto. Tras las ventanas la oscuridad y rachas de lluvia que azotan las calles difuminando la luz anaranjada de las farolas. A pesar de que la televisión anuncia sin tregua el Armagedón, se agradecen estas horas regaladas, más vacías que las horas de la normalidad. Es como el tiempo del convaleciente, que no impone nada, en el que uno puede tranquilamente esperar, sin remordimientos por no hacer otra cosa, sin prisas.

El edificio ha temblado toda la noche. Galerna en la tierra firme de los rascacielos. «Nos queda la salud», dirá al día siguiente el gobernador de New Jersey refiriéndose a toda esa pobre gente que ha visto sus hogares arrasados. Pero habrá que preguntarse qué clase de salud se puede tener tras haber perdido una casa que a veces es una vida. Les tocará esperar a que los seguros decidan, y eso supongo que también merma la salud.

Media ciudad ha quedado sumida en la oscuridad. Impresiona, un Manhattan menguado. Lo agradecerá el planeta, supongo que es el único que lo puede agradecer, ¿cuántos miles de kilovatios que estos días no calentarán la

Tierra?

Los niños no tienen colegio. Una semana de asueto. Lo único que les importa es que no han podido celebrar Halloween. Todo lo que llevaban semanas planeando se ha ido al garete por culpa de la naturaleza. Hasta en medio de la devastación, el único tiempo real de los niños es el de su presente, su tiempo es aquello a donde llevan su mirada. Pero, por suerte, con ellos es fácil improvisar planes B. Bendita infancia. Fiesta en casa de Lucía, que vive a dos bloques de casa. Nos juntamos allí con otros niños y padres del colegio, con ellos compartimos un rato de risas monstruosas, de carreras por los pisos del edificio mientras van puerta por puerta entonando el *trick or treat* que tanto han deseado pronunciar *de verdad* y que dejará para ellos de ser la frase mítica de un dibujo animado o de una serie americana.

Un Armagedón en Halloween, ya se sabe que en este país las cosas son a lo grande.

Me escribe un amigo que la fatalidad tiene nombre de mujer, y le contesto que Hamlet decía que es la fragilidad la que tiene nombre de mujer. ¿Sandy y Nueva York tienen nombre de mujer...?

El tiempo está roto. Quebrado.

Desde muy pequeña, a Manuela le gusta elegir mi ropa. La extiende sobre la cama, donde la organiza y combina como si yo fuera uno de sus recortables de papel: el vestido con la chaqueta por encima, el cinturón prieto para marcar el talle y las medias asomando por debajo de la falda, deslizándose como anguilas por la colcha hasta encontrar refugio en los zapatos que rematan su maniquí. No suelen faltar un collar, una pulsera o un pañuelo. Sus conjuntos le quedarían mucho mejor que a mí a la divina Joyce Carol Oates, a quien fui a escuchar a Barnes & Noble la pasada tarde. Es otra cosa que me gusta de esta ciudad, puedo ir a tomar un té a una librería mientras Siri Hustvedt, Zadie Smith o la divina Oates leen pasajes de sus libros. Carol Oates tiene mirada de niña extraviada y a la vez ojos de mujer sabia, parece escapada de una película de Chaplin y viste como debería hacerlo yo en el imaginario de mi hija.

Mientras Oates lee, miro las estanterías. Mi hija colocaría los libros de Barnes & Noble por colores, o qué sé yo cómo los colocaría, pero jamás como están: por temas o por géneros. Tampoco según listados de metadatos indescifrables. Es la maravilla de *ese tiempo de los niños*, aquel durante el que no entienden de clasificaciones ni de normas, cuando son mucho más libres que nosotros hasta que coartamos esa vena creativa y cercenamos, de paso, su libertad.

Durante *ese tiempo*, los niños se visten para ellos. No para los demás. Y su madre es como a ellos, y sólo a ellos, les gusta imaginarla. Una princesa Disney, un recortable sobre el que colocar con primor su absurdo y genial mundo estético o una escritora excéntrica de la cual me vestiría gustosa si (como mi hija seguramente cree) con ello me traspasara alguno de sus superpoderes literarios.

Il y a toutes ces vies à mener en même temps, et aucune n'est la vôtre.

Christian Bobin, *La part manquante*

Imagino vidas para mis hijos.

De la misma manera que muevo comas y cambio adjetivos mientras invento un país que nunca existirá, retiro mechones de una frente e imagino los sueños que caben en ese pedacito de pared carnosa. ¿Dónde estarán dentro de cinco, diez o mil años?

A las novias se les prepara el ajuar, pero es una manera de decirles que vayan donde vayan siempre estarán ligadas a ese *de dónde vengo*; no siempre somos tan conscientes de que un encaje o una inicial bordada contienen la grandeza o las miserias de nuestros antepasados y pueden ser una trama de la que le costará salir. No tengo nada contra el ajuar, es una bonita costumbre, pero, ¡por favor!, que sean los novios quienes decidan si pondrán el mantel bordado, el de cuadros o las servilletas de papel.

¿Cómo hacen un padre o una madre para no pensar en *lo que creo que es mejor para mis hijos*? ¿Cómo se corrige esa falta concebida por puro amor?

No quiero bordarles una hoja de ruta a mis hijos, en el fondo me fascina la idea de no saber dónde estarán, con quién estarán, qué lograrán hacer con sus vidas cuando marchen de mi lado. Lo que no puedo imaginar son sus caras del mañana, supongo que por el mismo proceso mental por el que mi hija Gabriela no puede entender que su abuelo naciera al final de esa vergonzosa guerra civil que aparece en su libro de historia. No, sus vivos aún no tienen un rostro histórico, ni mis hijos pueden tener rostro del mañana, o rostro de adulto, aun cuando sé que empiezan a serlo.

Es absurdo, pero seréis siempre esa carita acolchada y caliente de los domingos por la mañana, esa cabezota inquieta que mira al mundo como un atento astronauta observa el espacio desconocido, ese lunar en el moflete, esos ojos de miel y de infancia eterna, esos dientes de leche bailones entre los que

silba la melodía de una carcajada.

Y yo, ¿qué soy y qué seré para mis hijos? Ser madre es también ser contada por otros. Pero se disimula para que ese cuento sea el más perfecto. ¡Cuántas veces habré atado en corto mis temores y mis deseos para entregar a mis hijos su dosis de equilibrio! Y lo seguiré haciendo. Hijos, sólo me habéis conocido como madre, pero sabed que también fui niña y por eso os he buscado y encontrado allí donde me refugié yo misma con vuestra edad: los bajos de una cama o la boca negra de un armario, una cabaña de musgo y de retamas o el abrazo de un muñeco. Oscuridades amigas y vidas inarticuladas capaces de comprender nuestras penas y nuestros lamentos: refugios que viajan de padre a hijo.

Y sabed, hijos míos, sabed que ahora y por siempre, y ante todo, soy mujer y que son muchas las veces que me gustaría quedarme solamente en esa definición, aunque me encuentre atrapada (odio estar atrapada) en la única posibilidad de quereros. La carga del amor puede ser pesada. Hay días en que me tiemblan las manos y la voz, y sin embargo sigo ahí, aquí.

Algún día, niños de mi corazón, entenderéis lo agotador que resulta querer a un hijo cuando está escrito con tinta imborrable en los oráculos que no hay otra posibilidad.

No hay otra posibilidad no significa que el amor de madre lo pueda todo. No, no lo puede. Lo sé. Lo he visto. Lo he leído. No pongáis a prueba mi amor infinito, ese que tanto pesa y que no puede, no sabe renunciar a vosotros.

Me contéis como me contéis, es de justicia que sepáis esto.

Avanzan los días. A un ritmo insólito, sin la rutina que quedó en puerto, en España. Aquí no existe la rutina, tiene otro nombre que aún no he descifrado; es una desconocida y plácida sensación de monotonía que convive con la posibilidad de que al doblar una esquina, cualquier esquina, cambie el paisaje o me caiga por un agujero muy profundo, como le ocurre a Alicia.

Una noche de abril, con esos cielos neoyorquinos escandalosamente hermosos, caminamos por la avenida Madison. En una bolsa llevo los restos de un pato laqueado; antes se llamaba el *doggy bag*, ahora se ha acabado con esa hipocresía del habla y se llama: «Póngame los restos para llevarlos a casa». No tirar. O tirar un poco menos de lo que lo hacemos. Además, sólo Brigitte Bardot, un zumbado millonario de Nueva York o un necio le darían un pato laqueado de primera a su perro.

Nuestros pasos son lentos, casi leves comparados con esa pisada marcial de los neoyorquinos que quizás, enredados en su mimbres de prisas, no han reparado en la belleza de esa noche azul que no deja de fascinarme. Aunque, bien pensado, puede que a ellos les fascine la Puerta de Alcalá...

Acompañamos a mi hermano y a su mujer al hotel, charlamos por el camino sobre los hijos, sobre si seremos capaces de transmitirles aquellos valores en los que intentamos creer, en realidad tan frágiles como toda la filosofía que contiene un *doggy bag*.

Hablamos del colegio y del resto del mundo, y de las reglas para cada lugar. Mundo de adultos y mundo de niños, porque así de meridianamente dividimos la vida, como si esas divisiones fueran a simplificarnos las cosas. Pero resulta práctico creer que la vida será más fácil si uno se atiene a las cómodas simplificaciones. Cuánto más sencillo que el *doggy bag* fuera eso: comida para perros; y lo otro: *human bag*. O *children bag*.

Caminar por Manhattan. Y hablar. Sobre la vida. Sobre ser padres. Padres enanos bajo el paraguas de las sombras de acero, abrumados por la suma de las multiplicaciones. Caminar por Manhattan no se parece en nada a hacerlo por una de las viejas calles del centro de las ciudades europeas en las que los muros solemnes y robustos llenos de grietas un día fueron fachadas pulcras y

relucientes que el peso de los años cascó. La belleza y el sabor de esos edificios es proporcional al paso de los años, a sus imperfecciones. Y están bien las imperfecciones. Me gustan los muebles poco restaurados, el *arte povera* y los muros de las casas romanas con el estuco caído y la pintura con humedades. Lo mismo me pasa con los rostros, me gusta que tengan vida. Las restauraciones malas sisan el espíritu, pretenden llevar a los edificios de golpe y porrazo a un tiempo que ya dejó de ser, a una vida de embustes. Los parches y los remiendos son necesarios (y esto me recuerda cuánto les gusta a los niños que les ponga tiritas, como si por tapar la herida, ésta ya no fuera a doler), pero el edificio se volverá a resquebrajar porque los años viven en su piel. Manhattan es de hierro y hormigón, no tiene grietas ni estuco, tiene algo de ese infantilismo de tiritas, del *cura sanita, si no se cura hoy, se curará mañana*, pero la suciedad y la basura que esquivamos a esa hora de la noche es su *arte povera*, su huella secular. Nueva York es como un niño grande con el corazón frágil.

Dejamos a mi hermano y a su mujer en su hotel. El cielo está ya casi negro. ¿De qué color amanecerá cuando se derrita esa espesa masa de alquitrán? En el fondo, me pregunto muy a menudo bajo qué otros firmamentos estará mi familia dentro de unos años, cuál será la voluntad del sol, cuál el tamaño de las estrellas. Lo que ahora sé con absoluta certeza es que ha sido un buen paseo, una buena conversación, y llevo a mis hijos los restos de un pato laqueado de quitar el hipo.

Nos vamos de Nueva York. Nos fuimos. Ya estoy aquí. Escribiendo parte de estas líneas en Madrid. Corrigiendo los errores sobre papel y tratando de hacer lo mismo en la vida, aunque esto se haga con mayor dificultad y mucha más tristeza. Mejorando las líneas de un texto que parí como a un hijo, durante diez lunas blancas de Nueva York, y que ahora tendrá que crecer conmigo y escapar algún día para ser mejor que cuando yo lo concebí.

Mi hija Manuela se ha sentado a mi lado. Desayunamos. Cri, cri..., roe un pedacito de pan. Cri, cri... Mordisquea la tostada y sorbe el zumo de las naranjas licuadas con la maraña de mis nervios. Un ruidito de grillo, casi inaudible, cri, cri, el de sus pequeños dientes que dinamitan la serenidad de la mañana.

Vuelvo a mi lectura.

«¿Qué escribes, mami?»

«Un libro sobre vosotros.» O mejor dicho: «Un libro para vosotros».

Pienso entonces en la diferencia que hay entre ese cricri persistente que roe mi cabeza y el tap, tap de las teclas que la llena o la vacía, según los días.

Mis hijos me revelan mi propia vanidad, mi propio egoísmo. Sin ellos mi tiempo sería más mío, más limpio de la duda y del dilema que supone pensar si les estoy dando suficiente o si por el contrario no les estaré dando una porción demasiado grande del pastel, de mi pastel. Mi mí. Mi, mi, mi. Yo, yo, yo. Tap, tap, tap. Las ideas. Ser madre y ser mujer. Y escribir.

Pero en momentos así, cuando, como a Ismael, me agarra la melancolía, salgo a pescar las maravillas que están codificadas en ese cricri persistente: «Mami, y ahora que ese señor (ese señor era un editor) va a vender tu libro, ¿te podemos ayudar?». Eso me dijeron cuando publicaron mi primera novela; el taptap y el cricri confabulándose para poner la guinda a mi felicidad, porque a mis hijos no se les había ocurrido mejor cosa, idea más genial, que desplegar una mesa en la puerta del Retiro para vender los libros de su madre como si fueran limonadas.

Escribir es enorme en mi vida, pero mi familia es *hasta el infinito y más*

allá y eso es más que enorme. Y no es sólo por la mesa en el Retiro, son demasiadas veces esa mesa en el Retiro a lo largo de la vida. A veces me gustaría ser una yonqui de la tinta y del papel y de mis pasiones, una salvaje de las emociones y vivir solamente para contarlas, y mandar a tomar viento todo aquello que no me permite sentarme a escribir cuando me da la realísima gana. Sí, he pensado más de una vez en esa vida, en esa otra vida dedicada a la Causa de la escritura y a lo que ésta trae aparejado; no sé qué es, pero sí sé que tendría que renunciar a muchas cosas de mi Vida, de esa Vida en la que hay otros que tienen vidas que también he hecho mías. Renunciar al cricri y a que me licúen los sesos en un zumo de naranja.

Miro a mi hija y su tostada. Y de golpe ella me entrega esa sonrisa que vuelve a sumir en silencio la cocina. Hasta que retorna el cri, cri de fondo. Persistente. Y sigo corrigiendo...

Vida antes que Causa, y caigan sobre mí la maldición de Tot, la furia de Apolo y de las musas.

La vida nos va lanzando signos, que a veces no vemos; pero están ahí, como esas esporas invisibles de polen que pueden llegar a ser tan molestas. Otras veces manda señales de alerta que resuenan como la sirena de un barco partiendo en dos la bahía, y dejamos que la niebla se las trague, que la embarcación se vaya a pique.

Pero hay un signo, ¿o es una señal?, ante el que una madre difícilmente puede volver el rostro, y esa es la mirada de un hijo.

Cinco hijos, cinco balizas luminosas para mis noches negras.

Creo que fue Machado quien dijo que la infancia se glorifica en los recuerdos. Se podría cambiar *la infancia* por *la vida*, por cualquier etapa de ésta.

Tirando de mi memoria y de la escritura, he glorificado el Nueva York que descubrí durante un año y que ya nada tiene que ver con el que creía conocer. Esa ciudad me ha devuelto más libre, más frágil, más compasiva con la mujer que soy y honesta con la madre que también soy. También me ha robado cosas, pero acaso sea eso vivir: aprender a dar, que nos quiten, y volver a buscar; y hacerlo con humildad, aunque este concepto, el de la humildad, suene rancio para algunos, a filosofía de saldo o a caballo perdedor en un país en el que ciertas quinielas apuestan con magnánima soberbia que un kilo de plomo pesa más que uno de plumas; donde un gesto de arrepentimiento puede tener el mismo sonido condenatorio del sello, clank, clank, que el poli estampa en la aduana: «Vaya usted a la salita», «¡Pero si yo no he hecho nada!»; donde reconocer el talento ajeno a voz en grito y hacerle justicia es una quijotada o un «Algo querrá a cambio» porque la admiración tiene pocos adeptos y la envidia es como los malditos piojos, contra los que he probado absolutamente todo y que no hay manera de aniquilar. Hijos, nunca seáis así. Sed humildes y generosos, pedid perdón y reconoced los méritos ajenos y vuestros errores. Y nos os dejéis arrastrar por esos *it humans* de mente estrecha y pobre que apestan a naftalina o que tienen bilis en el depósito del alma; o por esos del *sólopor mí*; o por esos de *a Dios rogando y con el mazo dando*; o por los del, *si tú tienes, entonces yo lo merezco*, asquerosa envidia; o esos para los que el *Viaje al centro de la Tierra* comienza por una exploración al centro comercial y termina en un *all includeden* una paradisíaca costa destrozada donde «Usted no se preocupe de nada, oiga, que aquí hasta las ideas se las servimos como prefiera: en el *buffet* de la derecha, batidas; a la izquierda, licuadas, siempre lo que usted diga que para eso paga».

Cada cual es hijo de su tiempo, y éste es el tiempo en el que me ha tocado ver crecer a mis hijos. Y educarlos, mientras yo misma me educó y trato de aprender de mis palabras e intenciones no siempre cumplidas. De mis engaños y de mis traiciones.

Dejar de ser niño no es dejar de crecer, hijos, durante toda la vida siguen doliendo los cartílagos, crecen nuevos apéndices. A Felipe le duelen las rodillas, pero peor será cuando le duela el deseo y el árnica no le sirva para aliviar la conciencia.

Llegará el día que mis hijos marchen. No sé cuán lejos los sentiré, porque los kilómetros no son medida objetiva en esto del amor, tan relativos como cuando Thoreau escribe que con algo más de treinta kilómetros cuadrados un hombre tiene terreno suficiente para llevar una vida de minuciosa exploración.

Es duro separarse de un hijo, no atender a la llamada de una lágrima o de un desvelo, no dar ese beso que se escapa de los labios por pura necesidad, inercia amorosa; ese beso que no puede posarse en la mejilla que lo reclama porque la distancia se la llevó lejos; ese beso que queda prendido del aire, entregado a la suerte o al infinito, aunque yo creo en los viajes siderales, creo en las fuerzas cósmicas que depositarán ese beso necesario en la mejilla que lo espera. Pero es algo que no me asusta. Jimena ya me ha enseñado que la ausencia es un destino y en ese destino malhadado también he sabido encontrar un refugio especial. Y hasta allí vuelan mis besos.

Joaco, el primogénito, mi *hijo grande*, ya se ha abierto camino por el mundo, pero es como una rama firme para sus hermanos, como la del arce en la que hemos colgado el columpio porque nadie piensa que se pueda partir.

Cinco dosis de cansancio y cinco refugios. Así de kamikaze y de previsor he sido.

No, lo que me asusta no es la distancia. A medida que crecen mis hijos pienso si estará bien, o si será suficiente, todo esto de los besos, de querernos hasta el infinito y más allá, de la confianza, de las palabras... Todo lo que su padre y yo intentamos darles y que parece a veces tan poca cosa frente a la enormidad de lo demás. Lo demás es lo que no está a nuestro alcance. Lo que no puedo trasquilar, moldear o podar porque sería un crimen hacerlo.

La vida está ahí, enorme. Es vuestra, hijos, y mía también. Quiero ser una madre que sabe vivir su propia vida. Lejos de sus hijos, aunque no se los pueda nunca sacar del pecho y de la entraña.

Un viento cósmico nos mece, a todos, y en él siempre viajarán la esporas de mi cariño. Os buscarán, allí donde estéis.

Así que volad, hijos, floreced en la tierra que elijáis, pero sabed que pase lo que pase me gustaría que recordéis que todo esto ha sido mucho más que un

simple «ha merecido la pena». Con los *a pesares* de ayer y los que hayan de venir, lo que me recuerda esa escena deliciosa de *Pretty Woman* en la que Julia Roberts le dice a Richard Gere antes de ir a la ópera: «Por si luego olvido decírtelo, me ha encantado», o algo así. Merecéis la pena desde el hueso del cráneo que se llama hueso parietal hasta el dedo gordo del pie. Y no os lo dice sólo vuestra madre, os lo dice también la mujer que es vuestra madre. Y eso es más.

Y sabed también que por encima de todo, estéis donde estéis, vayáis a donde vayáis, vuestro padre y yo estaremos esperándoos, porque al fin y al cabo ser padre, ser madre, quizás sea sólo eso: estar siempre esperando a un hijo al que dejamos marchar.

Y querida amiga, no sé si he contestado a tu pregunta. Pero gracias por hacérmela.

Nueva York, noviembre de 2012 - Madrid, enero de 2016

ONCE

Escribir es un impulso de verdad, pero no hay un pensamiento original. Nuestro pensamiento es una suma de millones de pensamientos anteriores al nuestro, aunque a veces tenemos la vanidad de creer que podemos iluminar el universo con algo absolutamente genuino y único; eso es cosa de unos cuantos Elegidos y de los genios.

Sin embargo, sí hay experiencias originales, y la maternidad es una de esas experiencias. No es, por lo tanto, raro que a través de ella haya ido en busca de la escritura.

Este libro lo he escrito a trozos. A días. A ratos. A veces terminaba de cenar en familia y me sentaba para escribir sobre algún tema que había surgido durante la conversación, o sobre una frase dicha sin mucho interés que luego volvía llena de significados nuevos. Y es que sucede que muchas cosas las decimos en momentos en los que no parecen importantes o relevantes, pero, por algún extraño motivo, regresan furtivamente a la memoria y entonces es cuando cobran sentido.

A veces iba caminando por la calle y sacaba del bolso mi cuaderno para anotar una ocurrencia de mis hijos. A veces no tenía nada para apuntar y mi memoria, que es por desgracia corta o caprichosa, temía perder la idea, así que entraba en una cafetería o en un *diner* -porque en Nueva York no hay cafeterías- y robaba una servilleta para apuntar, a veces era un billete de autobús rescatado del fondo de un bolsillo, cualquier cosa vale para atesorar una idea o un pensamiento que quizás puedan ser importantes.

Más tarde, pasaba todas esas cosas al ordenador y en ese trabajo de hilandera mental y tecnológica surgía el texto; en él se fueron colando mis lecturas, o mis charlas con los amigos, porque soy también lo que leo, lo que digo y lo que hago. Y mis amigos no son menos autores de sus palabras porque éstas no estén impresas en un libro, ni éstas son menos importantes para mí que las de alguien que las publicó.

También se infiltraban los recuerdos. Recordar es cambiar los hechos. O lo dicho. Nuestro recuerdo rara vez es el de otros. Lo que oímos es muchas veces lo que quisiéramos haber oído. La vida está llena de interferencias. Pero

esas interferencias están en la vida, y la vida en ellas.

Y así fue como he ido dando forma a este librito, sencillo, y que sin embargo me ha tenido tantos años ocupada. Su gestación en nada se parece a la de una novela o a la de un libro de relatos. No ha habido estudio preliminar. No ha habido investigación. Lo dicho aquí venía de extraños lugares; era como si agarrara con fuerza la pluma o mantuviera los dedos muy firmes sobre el teclado pero a la vez tuviera los ojos cerrados y el alma a años luz del papel.

Y sin embargo, después de todo, lo que ha quedado son palabras. Escritura.

Madrid, marzo de 2017

NOTAS

¹ La traducción es mía.